

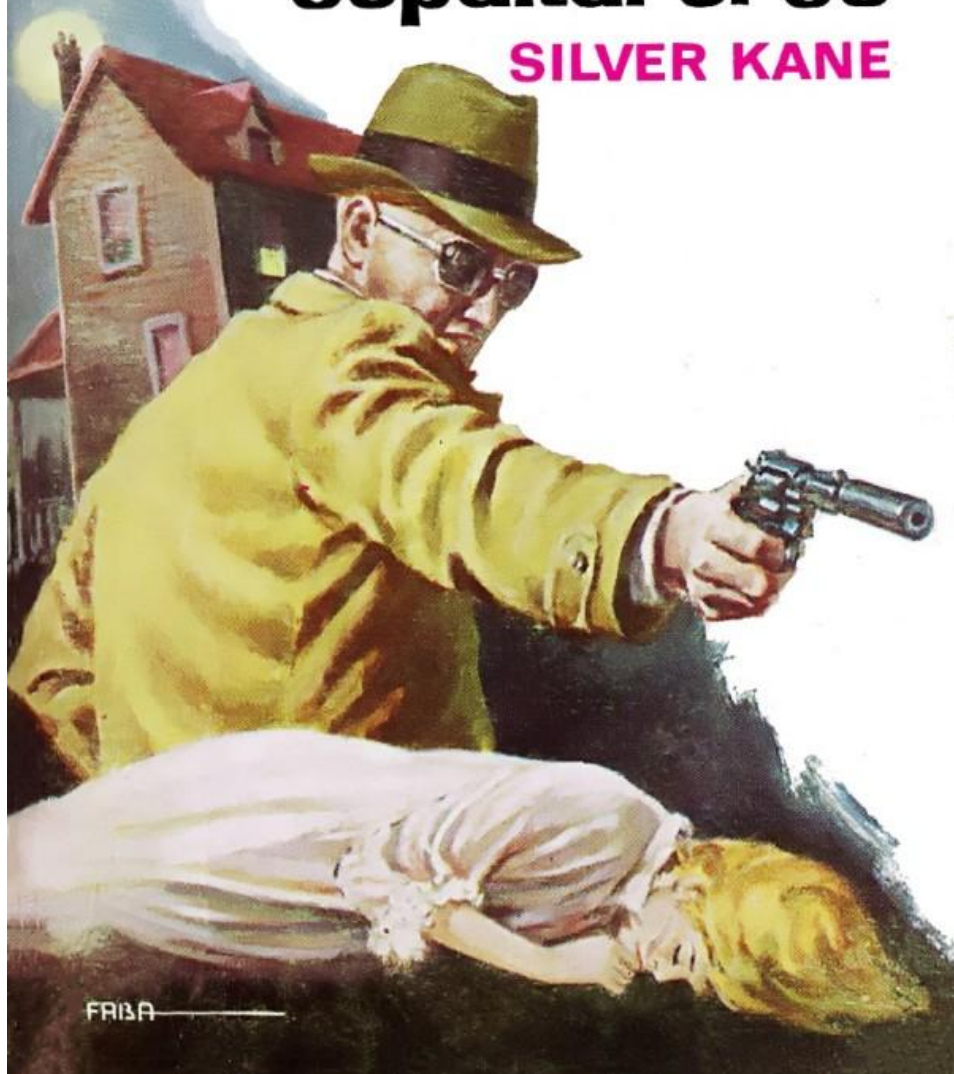
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la danza de los sepultureros

SILVER KANE



FRISA

SS

SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.348. — Los demonios del paraíso.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

743. — Todas las puertas del infierno.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

343. — Los cuatro vengadores.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

80. — Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:

811. — La muerte es una mujer bonita.

SILVER KANE

LA DANZA DE LOS SEPULTUREROS

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.356

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 27.332 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1976

© Silver Kane - 1976

texto

© Salvador Fabá - 1976

cubierta

Concedidos
derechos
exclusivos a favor
de EDITORIAL
BRUGUERA, S.
A. Mora la Nueva,
2. Barcelona
(España)

Todos los personajes y entidades privadas que

aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona – 1976

Capítulo Primero

LA CASA DE «MASSACRE HILL»

El automóvil se detuvo con un suave balanceo, apenas el conductor hizo funcionar el servofreno de primera calidad que había instalado hacía poco. Los ocho cilindros emitieron a partir de entonces una especie de runruneo satisfecho, cuya suavidad no indicaba la tremenda potencia que albergaban en su interior. Aquel último modelo de «Cadillac» quedó detenido junto a un árbol que lo ocultaba en parte, a las miradas de los curiosos, a pesar de que los curiosos no abundaban en aquella calle desierta.

El conductor miró a través de la ventanilla. Luego clavó sus ojos en el tipo que le acompañaba, un fulano de unos cincuenta años al que faltaba toda la órbita derecha, razón por la cual siempre empleaba unas gafas negras.

—¿Cómo se llama esto? —susurró.

—Massacre Hill —dijo quedamente el tuerto.

—¿Massacre? ¿Es decir que esto se llama Colina de la Matanza o algo parecido?

—Sí.

El conductor hizo una mueca mientras gruñía:

—De acuerdo, profesor. Tú a lo tuyo.

Los dos hombres encendieron entonces sendos cigarrillos, con movimientos pausados, disponiéndose a esperar. La verdad era que no sabían si tendrían que pasar allí una hora, dos o cinco, aunque eso era lo de menos. Lo importante era hacer el trabajo bien hecho.

Vieron pasar a un hombre y meterse en una de las casas del final de la calle. La casa era grande, moderna y tenía un hermoso jardín. El tipo, en cambio, no era grande ni moderno. Se trataba de un fulano con aspecto de sabio distraído, que iba leyendo por la calle y que antes de meterse en la casa tropezó con los árboles tres veces.

El tuerto dijo:

—Profesor Winley.

—¿Y los otros?

—Tienen que estar dentro ya, pero de todos modos vamos a asegurarnos.

Salió del vehículo y se dirigió a una cabina telefónica que estaba al otro extremo de la calle. Disco un número que ya conocía y le contestó una voz cascada. Era exactamente la voz que uno podía esperar del tipo que había estado tropezando con los árboles poco antes.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy de la casa Morrison —dijo—, distribuidores de libros. Ustedes nos conocen bien.

—¡Ah, sí, claro...! Los Morrison. ¿En qué podemos servirle?

—Queremos hacer un obsequio a los alumnos, pero cuando estén todos, para que nadie se quede sin él. ¿Han llegado ya?

—Nos falta un alumno —dijo el hombre con aspecto de sabio distraído—. ¿Es que van a llegar ustedes inmediatamente?

—No, inmediatamente no. Aún tardaremos un poco. Gracias.

Y colgó.

El tuerto salió de la cabina.

Sabía que disponía de pocos minutos. Si al profesor con pinta de sabio despistado se le ocurría llamar a la Distribuidora Morrison para saber si iban a hacer un obsequio, todo podía irse al diablo. Regresó al interior del coche y murmuró:

—Falta uno.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Esperar. Confío en que llegará a tiempo.

La suerte les acompañó esta vez. Estaban con los nervios tensos, pensando que cada minuto contaba en contra suya, cuando vieron a un muchacho de unos dieciocho años pasar la calle silbando. Llevaba unos libros bajo el brazo y tenía el aspecto despreocupado del que piensa que va a aprobar los últimos exámenes en la Universidad. Arrojó el cigarrillo que llevaba en los labios y entró en la casa.

Esta tenía dos pisos. Debía constar de unas veinte habitaciones, o sea que se trataba de una torre señorial como las que ningún particular podría mantener hoy. En la puerta en una placa dorada se leía:

«RESIDENCIA ESTUDIANTEL MELBOURNE. — AMBOS
SEXOS»

Y en letra más pequeña, como para evitar suspicacias, se añadía:

«Seriedad Garantizada».

Los dos hombres se movieron en el interior del coche.

El tuerto musitó:

—Arranca.

—¿Cuántos son?

—Once.

El motor runruneó con más fuerza. El poderoso «Cadillac» rodó unas pocas yardas más y se situó a poca distancia de la entrada de la casa. Por la calle tranquila y en pendiente, como tantas y tantas calles jardín de San Francisco, no circulaba nadie en aquel momento.

El tuerto salió con un paquete de libros. El chófer le siguió, llevando una bolsa en la que parecía haber libros también. Llamaron a la puerta.

Una mujer de unos cincuenta años les abrió.

Los ojos de los dos hombres la retrataron como si estuvieran dotados de máquinas fotográficas. Sabían muy bien quién era, porque habían estudiado el terreno paso a paso. El tuerto pensó: «Sandra Winnipeh, asistenta. Cincuenta años. Tímida, asustadiza... Hay que darle sensación de confianza desde el primer momento».

Por eso sonrió abiertamente y dijo:

—Distribuidora de libros Morrison. Hemos telefonado hace un momento.

—¡Ah, sí...! —sonrió, también, la señora Winnipeh—. Me lo han advertido. Entren.

—Traemos unos obsequios para los alumnos —dijo el tuerto, cerrando la puerta a su espalda—. Promoción comercial, ¿sabe? Ellos nos compran todo el año, y es justo que les obsequiemos con algo ahora.

—Estarán muy contentos, aunque ya empiezan a fastidiarles los libros porque se acerca el final de curso. ¿Qué traen?

El tuerto volvió a sonreír.

Tenía una sonrisa extraña, maciza. Parecía como si sus dientes fuesen un bloque de acero.

—Esto —dijo.

Y sacó la pistola. No se entretuvo ni una décima de segundo. Apretó el gatillo y la bala produjo apenas un taponazo al brotar del silenciador. La cabeza de la señora Winnipeh se abrió en dos.

Ella salió despedida hacia una de las ventanas.

Los dos hombres se miraron.

—Hay que distribuirse —dijo el tuerto.

Los dos empuñaban, ahora, pistolas de tiro rápido y provistas de silenciadores. Sabían que tenían que obrar con rapidez porque la gente que estaba allí era joven, ágil y podía saltar por cualquier parte. Con una sola mirada se entendieron.

—Tú, los dormitorios; yo, la biblioteca.

—Bien.

Se separaron. Uno permaneció en la planta inferior y el otro subió al primer piso, donde estaban los dormitorios. Vio un largo pasillo con las puertas todas blancas, todas limpias, todas cerradas herméticamente.

Hizo girar el pomo de la primera.

Bien.

«Tranquilo —pensó—. Tranquilo...»

En el dormitorio en el que puso los pies no estaba solo el profesor Wasley, como había esperado, sino que estaba también la profesora Godivan. Ambos daban juntos, clases de Filosofía, pero hacían también, juntos, otras cosas.

Desde los tiempos de Adán y Eva, el mundo es así.

El tuerto dijo suavemente:

—Lástima. Ella es muy bonita.

Y tanto que lo era. Pero la misma bala sirvió para los dos. Disparada casi a quemarropa, perforó ambos cuerpos en lugar de perforar uno solo.

Se estremecieron brutalmente. El hombre que estaba en pie junto a la cama disparó dos veces más.

—Tranquilo... Tranquilo...

Las palabras resonaban en su cerebro como una consigna que no podía, que no quería olvidar.

Los dos cuerpos, que habían quedado inmóviles, resbalaron a los pies de la cama. El tuerto pensó que en total habían matado a tres personas de las once que tenían que matar. Y pensó también que aunque no habían hecho ningún ruido, en cualquier momento podía desatarse la alarma.

Salió de nuevo al pasillo y entró silenciosamente en la segunda habitación.

El muchacho estaba de espaldas.

Estudiaba.

Más fácil no podía ser.

Sin ninguna vacilación, sin sentir asco de sí mismo, sin ningún escrúpulo de conciencia, el tuerto apretó el gatillo, tras situar el punto de mira a dos pasos de la nuca de su víctima. Esta dio un terrible salto hacia adelante al recibir la bala en el cerebelo.

El tuerto musitó:

—Cuatro...

Pero al mismo tiempo lanzó una maldición. El ruido podía haber alertado a los de las habitaciones contiguas. Y, en efecto, tuvo el tiempo justo para salir al pasillo cuando otro estudiante se disponía a entrar ya.

El joven empezó a decir:

—¿Pero qué te ha pasado, Charlie?

De pronto vio el negro cañón de la pistola.

Vio las gafas negras.

Vio la sonrisa que parecía un bloque de acero.

Intentó dar media vuelta, pero ya no tuvo tiempo. La bala le penetró por la sien izquierda y le salió por la derecha.

—Cinco.

El tuerto llevaba la contabilidad como un perfecto funcionario del Tesoro Público. Con la máxima premura, puesto que ahora las cosas podían complicarse en algunos segundos, pasó a la próxima habitación.

Allí estaba una de las chicas.

Era rolliza, sana, hermosa. Tenía la cara entre ingenua y asustada de Caroline Kennedy; al tuerto, las chicas le gustaban así.

Pensó: «Lástima».

Y le clavó la bala entre las dos cejas. La chica ni se movió. Quedó

absurdamente en pie, rígida, junto a la cama.

—Seis.

En aquel monstruo no había la menor vacilación, la menor duda, la menor tristeza.

Miró en el siguiente dormitorio, pero ya no vio a nadie. Una sensación de frío pasó, entonces, por su columna vertebral. Si uno solo de los huéspedes escapaba, si uno solo de ellos estaba en disposición de hablar, no se habría ganado nada. Todo el sangriento golpe, toda la terrible masacre podía convertirse en una inutilidad.

¿Dónde estaba el huésped de aquella habitación?

Su único ojo útil escrutó, entonces, todas las puertas y vio una más pequeña que no parecía corresponder a ningún dormitorio. Hizo girar el pomo y notó que estaba cerrada desde dentro.

—Ocupado —dijo una voz femenina—. ¿Es que ni aquí la pueden dejar a una en paz?

El tuerto sonrió.

Otra vez sus dientes parecieron un bloque de acero, pero ahora mucho más siniestro. Apuntó cuidadosamente a la cerradura e hizo fuego.

La puerta entera pareció saltar. Dentro de la pequeña cabina se oyó un entrecortado grito.

El asesino entró, entonces. Aquello era un cuarto de baño que media tres por tres metros. En el sitio más comprometido de ese cuarto de baño, y en una posición en que no le hubiera gustado ser retratada, estaba una muchacha de unos diecisiete años de edad.

El tuerto dijo simplemente;

—Un mal fin de digestión, muchacha.

Y disparó. Le clavó das balas en el centro exacto del corazón, para que no hubiera dudas.

Quedó sentada en el mismo sitio.

Mala stampa para cuando la encontrara la policía.

Pero ya se sabe que uno no elige su muerte y no siempre puede uno reventar con dignidad.

Los labios dijeron, apenas en un murmullo:

—Siete.

Penetró en la biblioteca y no vio a nadie allí. La moqueta de color whisky estaba impoluta, acabada de limpiar. Los libros de color escarlata daban al ambiente una sensación dulce y confortable. El sol entraba por los amplios ventanales y allí alumbraba limpieza y pulcritud, de la misma forma que en los dormitorios debía alumbrar terror y sangre.

Pausadamente, sin prisas, el hombre de las gafas negras descendió por las escaleras. Allí encontró al otro, al que había conducido el «Cadillac».

—¿Cuántos? —preguntó.

—Cuatro —dijo el otro.

—Cuatro y siete hacen once, ¿no?

—Eso parece.

—Pues trabajo terminado.

Los dos hombres se acercaron a la puerta, y el tuerto sacó su único ojo útil para husmear por los alrededores. Convenía que nadie les viera salir. Cuando se dio cuenta de que la calle estaba tan vacía como antes —San Francisco, es una de las grandes metrópolis mundiales donde hay más metros cuadrados libres por habitante—, hizo una seña y salieron los dos.

Se estaba más cómodo que nunca en el «Cadillac» con aire acondicionado, con asientos mullidos y suntuosos, con bar y con un equipo de hi-fí que desgranaba las últimas notas de la última canción puesta de moda en una nación tan lejana como Israel. El conductor entró una marcha y se alejaron suavemente de ahí.

Capítulo II

LOS QUIETOS OJOS DEL HORROR

Cuando todo hubo terminado, cuando el silencio se hizo, cuando el humo de la pólvora se disipó, cuando en aquellas habitaciones de la muerte volvió a penetrar un débil hálito de vida, la figura femenina se movió un poco, rebullendo debajo de la mesa.

Cualquiera que hubiese visto a la chica habría pensado que estaba ni pintada para ilustrar la portada de una revista sexy. Precisamente por su ingenuidad, por lo poco estudiado de la postura, su anatomía ejercía una especie de atractivo animal. En las largas piernas enfundadas en las medias, brillaba el sol. Su falda estaba subida hasta el máximo, pero ella no se daba cuenta. Su piel sonrosada se había vuelto casi roja al acumularse la sangre en las mejillas y al fallarle la respiración. Las manos temblorosas se aferraban a las patas de la mesa.

Miró el cuerpo del joven que yacía junto a ella, con la nuca atravesada. Era el que había muerto de espaldas y sin darse cuenta, cuando estaba examinando un libro. El que había derribado la mesa, obligando involuntariamente, con el ruido, a salir enseguida al asesino de la habitación, sin darle tiempo para revisar nada.

Estas dos circunstancias —la mesa volcada y la prisa del tuerto—, habían salvado la vida a la muchacha que en aquel momento, cuando el asesino abrió la puerta antes de disparar, estaba buscando en el suelo un papel que se había caído. En cuestión de dos segundos ella oyó el taponazo, vio al muerto, noto que se volcaba la mesa y que luego quedaba todo en silencio. Por fortuna, dentro de aquel clímax de horror, su cerebro le dictó la única orden inteligente que en aquel momento podía dictarle: no chillar.

Gateó poco a poco.

Se daba cuenta de que todo había terminado. De que el silencio que ahora la envolvía, era el silencio viscoso de la muerte.

Pero lo que jamás pudo imaginar fue que la muerte lo llenara todo, que lo impregnara todo, que la muerte fuese la reina absoluta del universo.

La chica cayó de rodillas.

Durante míos instantes se puso a gemir como una condenada, como una poseída por el demonio, mientras su estómago se contraía y expulsaba todo lo que había ingerido, incluso el día antes. Le pareció que tardaba una eternidad en serenarse, en poder sobreponerse un poco a aquel mundo donde solo imperaba el horror.

Al fin pudo arrastrarse hasta el teléfono. Disco el número de la policía, que estaba apuntado en un gran panel de la pared. Una voz seca le

contestó.

La chica estuvo entonces a punto de perder el conocimiento.

Cuando los del coche patrullero descendieron, parecían *cow-boys* que llegan para un rodeo. Con sus botas, sus pantalones ceñidos, sus pintas de jinetes y, sobre todo, con sus revólveres a medio desenfundar, aquellos hombres de la policía de San Francisco daban un poco la sensación de estar penetrando en un *saloon*. Uno de ellos se acercó a la chica y la levantó, mientras los demás empezaban a correr como locos por todos los rincones de la casa.

Las maldiciones que la muchacha oyó no las había oído nunca.

Los policías parecían tan asustados como ella, cuando fueron descubriendo todos los horrorosos detalles de la matanza. Uno de ellos se precipitó al fin sobre el teléfono y empezó a aullar:

—¡Que vengan cuatro ambulancias! ¡Necesitamos dos patrulleros más! ¡Que venga todo el equipo técnico! ¡Si no están ahí hay que encontrarlos! ¡Ala! ¡Que venga, también, el inspector Coleman!

Coleman, uno de los inspectores jefes de la Brigada Criminal, se presentó muy poco después. Era alto, fuerte, tranquilo, y sorprendentemente joven. Dirigió una mirada circular en torno suyo y luego clavó exclusivamente sus ojos en la chica.

La vio muy bien.

Llenita.

Diecisiete años.

Y al mismo tiempo dulce.

—Tome esto —dijo dándole una pastilla—; le sentará bien.

La chica tragó espasmódicamente y sin mirar. En este momento con tal de calmarse, se hubiese tragado la piel de una serpiente. Pero la verdad fue que la pastilla la entonó de una manera casi inmediata y que la hizo sentirse mucho mejor que antes, como si lo que acababa de ver perteneciese a un paisaje lejano en el que ella no participaba. La sonrisa tranquila y animosa del inspector también contribuyó a alentarla. Hay policías que confortan solo con su presencia, hombres que parecen decir, solo con su presencia: «Calma. No es tan grave... Lo importante es que la vida siga. Todo se arreglará...»

Ella echó la cabeza para atrás.

Se sentía más confortada.

Casi agradecía que aquel hombre estuviera allí, mirándola en silencio, sin hacerle preguntas aún, pensando solamente que ella era una chica que necesitaba estar acompañada.

Al fin musitó:

—¿Puede hablar?

—Creo que... sí.

—¿Cómo se llama?

—Yolanda Winter.

—¿Edad?

—Diecisiete.

—¿Usted es residente en el centro?

—No.

—¿Pues qué hacía aquí?

—Soy... Mejor dicho, era la amiga de uno de los muertos.

—¿Amiga en qué sentido? No me conteste si no quiere. No es un detalle esencial.

—Le... le contestaré. Éramos algo así como novios. Teníamos las mismas aficiones, los mismos gustos... Íbamos a conciertos, al cine, nos prestábamos libros... Esta tarde habíamos decidido vernos en una habitación a solas por primera vez.

Coleman cerró, un momento, los ojos.

—¿Por dónde entró?

—Por una de las ventanas.

—¿Por qué?

—Era fácil. Y no podíamos vernos en casa de mis padres, por supuesto, mientras que aquí, una vez en la habitación, nadie vigilaba a nadie.

—Por lo tanto usted estaba aquí... de más.

—Sí.

Coleman no anotaba nada, pero parecía tener una especie de computadora en su cerebro, porque ningún detalle se le escapaba. Como si hablara para sí mismo, dijo:

—Los autores de esta espantosa matanza sabían perfectamente que aquí, a esta hora, encontrarían un número determinado de personas, pero no contaban con que hubiera nadie más. Por eso no buscaron. ¿Usted los vio?

—Solo uno.

—¿Cómo era?

—Grande, alto, vestido con un impermeable claro, con gafas negras... Llevaba sombrero y quizá era calvo. ¡Ah...! Ahora lo pienso. Quizá se parecía a Kojac.

—Es una buena descripción. ¿Pero cómo es que no la vio? ¿Por qué se pudo salvar usted?

La muchacha lo explicó todo con voz entrecortada. Ninguno de los dos se había atrevido a lanzarse en brazos del otro, pues sabían que obraban mal. De una forma maquina, mientras trataban de ganar confianza, habían hablado de sus cosas de siempre: de los estudios, de los libros... De pronto, mientras John Craig —el chico se llamaba así— abría uno de los volúmenes de texto, una hoja de papel resbaló al suelo. Ella se inclinó para recogerla, y entonces ocurrió todo. Fue instantáneo.

Coleman dijo con voz inexpresiva:

—Venga.

La llevó a la habitación del crimen, aquella habitación maldita donde ella pensó que ya no tendría que entrar más. El cuerpo de John Craig estaba como hundido en un charco cada vez más espeso de sangre. Una serie de fotografías, de expertos en huellas, de técnicos en medidas, trabajaban en silencio dentro de aquel recinto de la muerte.

Todos llevaban trajes claros y todos llevaban gafas claras, también. Tenían aspecto de estudiantes adelantados de alguna escuela técnica. Uno de ellos musitó:

—Comprendo que ha de ser muy penoso para usted. Disculpe.

Coleman sostuvo a la chica.

—¿Este es John Craig? —preguntó.

—Sssss... Sí.

—Le ruego que me perdone por el mal trago. Puede salir.

—Es usted un policía muy... a...amable, ins...pector Coleman. Celebro que haya venido pre...precisamente usted.

Y tuvo una arcada en el estómago, a pesar de que el estómago ya estaba vacío. Volviéndose bruscamente, fue al cuarto de baño.

Y allí vio algo que no había visto aún. Vio a su amiga sentada en la taza, con el cuerpo echado hacia atrás y con el pecho lleno de sangre. El vómito de Yolanda fue tan violento que saltó hasta la pared.

Coleman tiró de ella hacia atrás.

—No he podido avisarla —dijo—. Salga de aquí, salga... Vaya a la biblioteca.

Casi la empujó. La chica se derrumbó sobre una de las sillas.

Jadeaba.

Oyó que la puerta se cerraba a su espalda quietamente y que la dejaban sola, permitiendo que bañara su cuerpo aquel benéfico sol.

No, supo cuántos minutos habían transcurrido.

El tiempo no tenía sentido alguno. No existía.

Cuando pareció volver en sí pensó que nada de aquello había ocurrido, que nada de lo que había visto era verdad. Se trataba de una pesadilla, de un sucio sueño.

Salió de la habitación.

Y, en efecto, tuvo motivos para suponer que nada de aquello había existido, realmente. Que todo había sido una oscura pesadilla.

Porque en el cuarto donde yacía John Craig, algo había cambiado.

Mejor dicho, había cambiado TODO.

Los hombres jóvenes, con trajes claros y gafas claras, ya no estaban allí.

Ahora otros hacían el mismo trabajo.

Pero eran viejos.

Llevaban trajes oscuros.

Y gafas negras.

La chica fue a lanzar un gemido.

Sus ojos desorbitados buscaron al inspector Coleman.

Giró sobre sus tacones, buscándolo.

Y vio entonces a aquel desconocido, a aquel tipo alto, frío, delgado, que también llevaba gafas negras.

La chica fue a saltar hacia atrás, pero ya no pudo lograrlo. Dos manos huesudas cayeron sobre su cabeza.

Capítulo III

«GESTIONES DE TODA CONFIANZA»

Dos manos huesudas cayeron, también, sobre la cabeza de Will cuando este se encontraba sumido en una especie de febril actividad, con las manos plegadas sobre el ombligo y las patas sobre la mesa.

Todo en aquel despacho reflejaba una actividad semejante. Los cristales no habían sido limpiados en un mes, los archivadores no habían sido puestos al día desde el año 1907 más o menos. La correspondencia no había sido abierta en seis semanas.

El tipo que había tapado los ojos de Will, preguntó:

—Adivina quién soy.

Will dijo sin vacilar:

—Mi amigo Key.

—Pues claro que sí, hijo de mala madre.

Y dio un empujón a la silla rotatoria que por poco la vuelca. Aquel tipo se llamaba Key, pero de amigo, nada. Mientras amenaza con el puño a Will, dijo con voz pastosa:

—Rata babosa, sapo leproso, hiena tiñosa, marica, corruptor de menores de ambos sexos, macarra, chivato de medio dólar... Vamos a ver cuándo le pagas a tu querido amigo Key la factura del alquiler que le debes. He llamado por teléfono tres días seguidos, pero te lo han cortado porque no les abonabas la cuenta, se ve...

—¡Cuerno...! —dijo tranquilamente Will—. Ya me parecía a mí que no sonaba.

—Oye, hijo de perra, ¿pagas o no?

Will Federman, a pesar de que su asiento había sido desplazado, no movió las patas de la mesa. A sus treinta años era uno de los detectives más jóvenes y fuertes que trabajaban en la zona de Union Square, pero ser joven y fuerte no vale demasiado a la hora de hacer crecer una cuenta en el banco. Con voz tranquila llamó:

—¡Sally!

La puerta del cuarto de baño contiguo se abrió.

Una chica que no llevaba casi nada encima apareció en el umbral.

—¿Qué? —preguntó

—Oye, Sally, aquí, el amigo aquí presente, quiere saber si podemos pagarle el alquiler del despacho. ¿Tú tienes dinero?

—¿Yo? ¿Qué voy a tener? ¡El último que te presté aún no me lo has devuelto!

—Es verdad —dijo Will, pensativamente—. Lo había olvidado. Gracias y perdona.

—De nada —dijo la chica.

Y cerró.

Key dijo, con voz de tigre:

—¿Qué, macho? ¿Hemos perdido las esperanzas?

—Aún no —gimió Will. Y llamó—: ¡Mónica!

Otra chica, que apenas llevaba nada, salió del pequeño cuarto guardarropa y archivo que había al lado opuesto.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Nada importante. Solo quería saber si te sobra algún dólar.

—No me pagas hace seis meses. ¿Qué quieres que me sobre?

Y cerró.

Key preguntó, enseñando los dientes:

—¿Tu secretaria?...

—Sí, pero me parece que va a despedirse porque ha encontrado un empleo donde le pagan más.

—¡Ah, cuerno! Un empleo que ha encontrado en un anuncio.

—Sí, pero se va a llevar una buena sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque el anuncio lo he puesto yo, dando el teléfono de la agencia.

—Me temo que esto va a acabar muy mal, Will, pero que muy mal... ¿Y quién es la otra?

—Una señora que me presta dinero. Está aquí para vigilarme a ver si pago.

—¿Y cómo es que van casi sin ropa?

—Hombre, porque yo se la quité para empeñarla.

Key saltó, de pronto. Le sujetó por el cuello y casi le metió una mano en la boca como si quisiera sacarle las amígdalas, mientras bramaba:

—¡Sucio hijo de perra! ¡O pagas, o te echo a la calle con las dos mujeres a la vez! ¡Escupe ahora los dólares que tengas o los tres vais nadando hasta Alcatraz esta misma tarde!

Will gimió:

—Por favor, Key, ten paciencia... Con las facturas que tengo pendientes ya ves que he empapelado una habitación. Como soy un hombre honrado, las voy pagando por orden.

—¿Sí? ¿Y en qué año estás ahora?

—Más o menos en el 1955.

El otro fue a sujetar un pisapapeles de bronce para hacerle la trepanación sin anestesia. Pero en ese momento, una voz tímida dijo, desde la puerta:

—¿Se puede?

Los dos se volvieron a un tiempo. Un tipejo sinuoso, pequeño, delgado, sucio, hecho un asco, estaba en el umbral.

Will dijo, alegremente:

—¡Hombre! Hablando de tipos honrados. Aquí viene uno.

Key mascullo:

—¿Quién es?

—El Canijo.

—¿Qué?

—Le llaman así, hombre. Su especialidad son las carteras. El año pasado batió el récord, sobando más de ciento treinta.

—¿Y a eso le llamas tú un hombre honrado?

—Es que se queda el dinero, pero devuelve la documentación.

El Canijo preguntó con voz tímida:

—Me da respeto entrar en un despacho tan importante: ¿Puedo pasar?

—Pasa, hombre, pasa.

—Quiero encargarle un trabajo, señor Will.

—¿Un trabajo? No sé si podré atenderte, porque ahora estoy muy ocupado. A ver... a ver... Aquí está mi agenda. Investigar robo del Chase Manhattan Bank... Hallar pistas sobre la banda que quería asaltar Fort Knox, donde está el oro de los Estados Unidos... Detener a los asesinos del presidente Kennedy... ¡Ah, no, maldita sea! Esta es la agenda del año 1963. Es que llevo una temporada que no doy una.

Y se volvió hacia el Canijo.

—En fin —murmuró—, estoy tan atareado que hasta olvido mis libros de notas, pero para un amigo siempre tengo unos minutos. Tú dirás.

El carterista se acercó y dijo, con voz opaca:

—Yo tengo una alumna.

—Eso me gusta —elogió Will—, que los oficios no se pierdan.

—Bueno, no es lo que usted cree... Yo no corroppo a nadie. Se trata de una chica sin padres a la que querían explotar unos sinvergüenzas. La iban a meter en un bar de camareras del otro lado del puente, en Berkeley, donde hubiera acabado liándose hasta con el jefe de bomberos de la ciudad, y logré sacarla de allí en el último minuto, pero aquellos hijos de zorra me exigieron una cantidad para dejarla tranquila. Yo la pagué sin pedirle nada a la chica, pero la chica está empeñada en devolvérmela, ya sabe usted lo que son las cosas. Para que pudiera hacerse con esa suma sin gran esfuerzo, le enseñé el oficio.

Will dijo sombríamente:

—El hijo de perra eres tú, Canijo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Me sé la historia demasiado bien. Me sé los personajes del drama como si los hubiera parido yo mismo. Una chica bonita y sola, unos sinvergüenzas con los que os emborracháis... Es muy sencillo que los cerdos con quienes estás de acuerdo la lleven a ese bar y se las hagan pasar canutas durante un par de horas diciéndole que va a tener que ejercer una actividad vergonzosa. Luego la «salvas», pero dices que has tenido que

pagar cinco o seis mil machacantes por el «rescate». Ella es agradecida, quiere pagar, y tú le enseñas el noble arte, con lo cual trabaja para ti. ¿Cierto? Y, encima, gratis.

El Canijo, hundió la cabeza.

—¡Qué gran hombre es usted, señor Will! —dijo—. Lo adivina todo.

—Pues largo de aquí.

—Oiga, no es eso.

—¿Pues qué?

—El caso es que la chica ha empezado a trabajar para mí, eso no voy a negarlo —indicó el Canijo—, pero no sé por qué las cosas se han complicado de una forma inverosímil en solo tres días. Robó una cartera y la persiguió la policía, porque ya he dicho que es una aprendiz. Se refugió en un sitio y pudo escapar al fin. Pero como sigue siendo una aprendiz, olvidó la cartera. Los de aquel sitio la devolvieron a su dueño y aquí no hubiera tenido que pasar nada, pero, la verdad, fue que entonces empezaron las cosas inexplicables.

—¿Qué cosas inexplicables?

—A Miriam —porque se llama Miriam—, han intentado matarla. Pero no han intentado matarla de cualquier manera, no crea. Detrás de eso tiene que existir una verdadera organización. En el pequeño coche que ella tiene situaron una bomba, pero el que voló fue un chorizo que acababa de robárselo. Dos horas después, por poco le atraviesan la cabeza a Miriam con un rifle de mira telescópica. La bala penetró por la ventana, y le acarició la oreja. La he hecho analizar y me han dicho que es un modelo de proyectil que no se fabrica aquí. Se trata de un proyectil checo de alta precisión, que unos desgraciados de cualquier *gang* no usarían. Es lo que yo digo, señor Will: detrás de esto hay una verdadera organización, una verdadera lluvia de billetes y una verdadera banda.

El rostro de Will se tensó porque sabía que ahora el Canijo le estaba diciéndole la verdad. Y aunque sabía también que aquel tipejo no iba a poder pagarle casi nada, lo que acababa de oír sobre una banda con billetes mereció su interés más absoluto. Will era un hombre desinteresado, eso sí, pero daba la casualidad de que solo despertaba cuando oía hablar de dólares.

—¿Cuánto había en aquella cartera que robó?... —dijo.

—Unos dos mil pavos.

—¿Y todo fue devuelto?

—Sí.

—¿Adonde?

—No lo sé.

—¿Cómo es que no lo sabes?

—Porque lo devolvieron los chicos del sitio donde ella se había refugiado al huir de la policía.

Will suspiró hondamente. Estaba seguro de que el Canijo le decía toda la verdad.

—¿En qué sitio se refugió? —preguntó.

—En una residencia estudiantil de Massacre Hill. Se llama: Residencia Estudiantil Melbourne.

Will anotó el nombre.

—¿Qué pasa? —preguntó, al cabo de un instante—. ¿Tienes miedo de que maten a la chica?

—Cualquiera lo tendría, ¿no?

—¿Y a ti qué te importa si la pelan o no?

—Es hija de un socio que murió en la cárcel.

—¿Y tú la ibas a corromper?

—Bueno, yo solo le enseñaba un medio para ganarse la vida. Daba por supuesto que su padre, desde el cielo, nos bendeciría.

—¿Y cómo supones que su padre está en el cielo?

—Porque ya habrá robado billete para poder entrar. ¡Menudo tío!

Will produjo un chasquido con dos dedos.

—Te entiendo —susurró—: Una cosa es que robe carteras, y otra cosa es que traten de matarla, ¿no? Hasta ahí no quieres llegar.

—Le tengo aprecio, Will. De verdad que a Miriam Clay le tengo afecto, como si fuera una hija que me ha caído del cielo. No le puedo pagar mucho dinero, pero quiero que usted me ayude a ponerla a salvo. Que me diga, al menos, quién es el que quiere matarla.

Will reflexionó unos instantes. Su cara había cambiado y ahora era tranquila, serena, quieta. Con voz sin matices preguntó:

—¿Dónde la tienes, ahora?

—En una funeraria de Malville Springs.

—¿Qué hace allí?

—Finge que está muerta.

—Hay cosas peores —dijo pensativamente Will.

Y poniéndose en pie añadió:

—Me haré cargo de tu asunto. ¿Puedes anticiparme algún dinero? Cobro diez diarios y los gastos, pero gastar no gasto nada. La última investigación que hice me la saqué adelante a base de cacahuets y un trago de ginebra bávara de vez en cuando.

—No tengo dinero, Will, pero puedo traspasarle un cheque que me han endilgado hoy. Para mí que es bueno.

Y se lo mostró. Will echó un vistazo al nombre del firmante.

—Me suena —dijo—. ¡Eh, Sally!

La puerta del baño se volvió a abrir. La chica salió aun que más vestida.

—¿Qué pasa, Will?

—El nombre del firmante de este cheque me suena: Will Federman.

—¡Claro, es tuyo, insolvente, más que insolvente!

Will tuvo un respingo. Le devolvió el cheque al Canijo.

—Renuncia a cobrarlo, hermano —susurró—. Más difícil es eso que el cadáver del jefe de la CIA acabe reposando en el Mausoleo de Lenin. Palabra.

Al Canijo, casi le venían las lágrimas a los ojos.

—¿Así qué? —gimió—. ¿Nada?

—Lo haré, de todos modos —susurró Will—. ¿Qué más da? Rockefeller tenía que llamarme para encargarme un asunto, pero se ve que ha perdido mi número de teléfono y no ha llamado. Tengo unos días libres y te los dedicaré. Cuando robes una buena cartera, me pagas.

—Yo soy un hombre honrado, Will —proclamó el Canijo—. Dala por robada.

Will fue hacia la puerta. Su cliente le llamó.

—¡Eh, Will! ¡Necesitará algunos datos más para ponerse a trabajar! ¿No me pregunta siquiera dónde está la funeraria de Malville Springs?

—Lo sé muy bien —dijo el detective.

—¿Por qué?

—Porque le debo dinero. ¿Te parece poco?

Capítulo IV

ALTAMENTE CONFIDENCIAL

Will Federman tomó su tronado coche del año 62, lo puso en marcha tras algunos esfuerzos y rodó a poca velocidad hacia Massacre Hill. Lo de la poca velocidad no era cosa suya, sino del coche: aquel trasto ya no podía tirar más. Cuestión de media hora después llegó a lo alto de la colina donde antaño habían acampado los pioneros y que ahora se había convertido en una zona residencial de medio pelo, donde vivía gente reclutada entre los empleados de banca, los comerciantes de pequeño volumen y los profesores retirados. La residencia Melbourne estaba en lo más tranquilo de la más tranquila calle.

Pero ahora aquello había dejado de ser pacífico. Había ambulancias.

Patrulleros.

Tíos de la bofia con la pistola al cinto.

Pero los patrulleros y los tíos de la bofia se mantenían a una cierta distancia, como si solo se les hubiera encargado de conservar el orden. El que estaba en la puerta de la casa era un tipo alto y huesudo, vestido de color oscuro, con unas gafas negras.

Las gafas negras parecían ser el distintivo de todos los pájaros que se movían en el interior.

—Detective privado —dijo Will, mostrando su licencia.

—¿Y qué?

—Un cliente me ha encargado una investigación sobre esto.

—¿Y cómo sabe su cliente que aquí hay muertos si todavía no lo hemos dicho a nadie?

Will no sabía que allí había muertos, y, por supuesto, tampoco lo sabía su cliente, aquel importante personaje al que llamaban el Canijo. Will pensaba simplemente acercarse allí a preguntar a los estudiantes a qué dirección habían devuelto la cartera robada por Miriam y luego olvidada en la casa. De pronto se encontraba ante una situación que no comprendía.

—Lo que mi cliente sepa es cosa mía —dijo con acento de seguridad—. Tengo la licencia para actuar en el condado y le pido que me deje pasar para iniciar las investigaciones. Le prometo que no interferiré con la policía.

—Nosotros no somos la policía —dijo el tipo de las galas negras.

—¿Pues qué son? ¿Sepultureros?

Desde las sombras del interior de la casa, antes de que aquel fulano respondiese, surgió la mole de un excampeón de los grandes pesos del que hacía veinte años que no se oía hablar. Will le conocía y la mole le conocía a él. Sabía, por ejemplo, que estaba trabajando para el Gobierno en algún

sitio donde se repartieran sopapos, porque era la única cosa que aquel buitre sabía repartir, pero, por lo demás, lo ignoraba todo de él. Verlo allí le causó sorpresa y alivio a la vez, porque al fin y al cabo era una cara conocida.

El exboxeador le recibió amablemente.

—Largo de aquí, hijo de perra —dijo, mientras escupía de frente.

Will gruñó:

—Tengo mi licencia en regla.

—No sirve. Este no es asunto de la policía.

—¿Pues de quién es?

—Del servicio secreto.

—Magnífico —dijo Will, mientras apretaba los labios—. Ahora mismo voy a hacer dos cosas: a quejarme ante el Fiscal del Distrito de que no se me deja actuar y a manifestar a dos periódicos como el San Francisco Chronicle y el Los Angeles Times, que el servicio secreto está metido en un lío habido en una residencia de estudiantes. Supongo que eso no os importará puesto que, al fin y al cabo, son dos gestiones rutinarias y sin importancia.

El exboxeador se mordió los labios, dándose cuenta de que había dicho demasiado. Al fin y al cabo no debía haber mencionado al servicio secreto, tan pronto. Mientras tenía un instante de vacilación, llegó otra voz desde el fondo de la casa:

—Los agentes ejecutivos no sois más que unos imbéciles —dijo aquella voz—. Si se os dejan libres los puños, se os tendría, también, que cortar la lengua. Dile a ese hijo de perra que pase.

El hijo de perra pasó.

El tipo al que distinguió entonces lo había visto en bastantes fotografías, aunque siempre en segundo o tercer término. Era uno de esos hombres oscuros que siempre aparecen en las solemnidades y en las fotos oficiales, detrás de los personajes importantes, pero que no se sabe quiénes son. Will, gracias a su profesión, sí que lo sabía: pertenecía a la Secretaría de Estado y servía de anexo de enlace entre el Gobierno, la CIA y el FBI.

Aquel hombre se llamaba Sheridan, como uno de los generales más famosos de la guerra civil. Tendría unos cincuenta y cinco años. Era pequeño, pero fuerte y vigoroso, de mirada huidiza y astuta.

Tenía, además, una memoria de elefante, porque enseguida recordó al detective, pese a haberle visto solo una vez.

—Usted es Will Federman —dijo—. Un detective rico, donde los haya. Su última declaración de impuestos arrojó un beneficio líquido, durante todo el año pasado, de ciento veinte dólares.

—Me extraña que lo sepa —dijo Will, admirado—, pero, de todos modos, se equivoca. Gané algo más.

—¿Sí? ¿Cuánto?

—Gané ciento veintidós dólares.

Sheridan hizo una mueca. Con sus manos huesudas, se quitó las gafas negras.

—¿Qué hace en esta casa un pesquisa muerto de hambre como usted? —preguntó con desprecio—. ¿Busca huesos para roer? Quizá en la basura haya alguno.

—Me han encargado una investigación —dijo Will, cautelosamente.

—¿Quién?

—Un cliente.

—Eso está claro, y además sé que no está obligado a darme su nombre. Pero también está claro que puedo echarle de aquí durante las primeras investigaciones, Will, de modo que no le ayudaré si usted no me ayuda.

—Puede echarme fuera la policía, no usted —dijo el pesquisa—. Realmente, todavía no sé por qué están aquí.

—Ayuda por ayuda, Will —dijo Sheridan, como si no le hubiese oído—. ¿Qué quiere su cliente?

—Saber a quién devolvieron una cartera, los chicos de aquí.

—¿Qué cartera?

—Una que había sido robada por cierta persona.

Sheridan se volvió a colocar las gafas negras. Luego dijo, sencillamente:

—Pase.

Lo que Will vio al pasar, le hizo estremecer hasta la médula de los huesos. Vio muertos en las mesas, en las sillas, en las paredes, en las alfombras. Solo faltaba ver allí muertos colgados de las perchas. Y la juvenil edad de la mayoría de ellos le produjo tan horrible sensación que barbotó:

—¡Dios mío...!

Sheridan quizá estaba impresionado también, pero no lo parecía. Le hizo pasar a la biblioteca, que ahora estaba vacía.

—Voy a decirle lo que pueda decirle y usted me dice lo que pueda decirme —musitó—. ¿Un cigarrillo? Huele a sangre, aquí...

—No, gracias.

—Bueno —dijo Sheridan—, seré todo lo claro que se puede ser. La policía ha intervenido aquí al principio, pero luego, en cuestión de minutos, hemos ocupado su sitio. La policía se ha retirado discretamente y ahora solo se ocupa del orden en la calle. La investigación la lleva el servicio secreto, que como sabe, depende a la vez de una serie de departamentos estatales. La única superviviente está siendo interrogada por funcionarios especializados de nuestro departamento. Ha tenido un gran susto al vernos aparecer, porque hasta entonces estaba en manos de un inspector llamado Coleman, pero ya le hemos asegurado que todo esto es perfectamente legal. Y usted sabe que lo es.

—Es legal siempre que se trate de un asunto de Estado y no de una

vulgar serie de crímenes —dijo cautamente Will.

—Es un asunto de Estado, aunque no le diré cuál.

—¿Cómo se llama la única chica superviviente?

—Yolanda Winter de diecisiete años.

—¿Vivía en la residencia?

—No. Estaba aquí por pura casualidad, una casualidad que estuvo a punto de costarle la vida.

—¿Vio a los asesinos?

—¿Cómo sabe que eran más de uno, Will?

—Porque esta matanza no la hace un solo tipo. Se le hubiera escapado alguien.

—Un razonamiento correcto, Will. En efecto, parece que fueron dos los asesinos, aunque nos falta concretar muchos detalles sobre eso.

—¿Ella los vio?

Sheridan hizo un gesto equivoco mientras se quitaba y se ponía otra vez las gafas negras.

—La están interrogando nuestros hombres especializados —fue todo lo que dijo.

—Comprendo que usted no me lo va a explicar, Sheridan —gruñó Will —, pero...

—Le he explicado lo que podía, e incluso, un poco más —dijo el agente con voz helada—. Por ejemplo, le he enterado de que en este asunto interviene el servicio secreto, cosa que solo un par de docenas de personas saben en el país en este momento. Ahora le toca hablar a usted.

Will sabía que aquellos pactos tenían que cumplirse, aunque cada uno guardara sus cartas.

—Pregunte —susurró.

—Diga qué le han encargado investigar. Sabe que tengo perfecto derecho a preguntárselo. La policía, antes de dejar intervenir a un detective privado, debe identificarlo y conocer el alcance exacto de su misión. Eso está tan claro que no necesito repetírselo.

—De acuerdo... Mi cliente es un tipo llamado el Canijo.

—¿Quién?...

—El Canijo. No sé su nombre.

—¿Le ha pagado ya? —preguntó Sheridan, con una mueca de repugnancia.

—Me iba a dar un cheque sin fondos.

—¿De quién era el cheque?

—¡Je, je...!... resulta que... era mío, precisamente...

Sheridan se pasó las manos por las solapas, en un gesto de limpiárselas.

—Veo que además de trabajar para ella pertenece a la alta sociedad, Will —dijo—. Le felicito.

—También esa gente tiene su corazoncito, Sheridan. Él protegió a la

hija de un viejo colega; un carterista llamado Clay. La chica seguía la carrera y birló algo, lo demás se lo explicaré en breves detalles.

Y contó lo que sabía.

El robo de la cartera.

La persecución de la policía, pues la chica era una novata y había hecho las cosas mal.

Su refugio en aquella residencia de estudiantes, así como su fuga posterior de la misma.

El hecho de que hubiera olvidado allí la cartera robada.

El hecho de que los estudiantes la hubieran devuelto al destinatario.

Y, por fin, el hecho de que a la chica, inexplicablemente, hubieran intentado matarla dos veces.

—Pero esto último ya no me parece tan inexplicable, a partir de ahora —terminó Will, con voz opacar—. Veo que aquí ha habido una matanza, y juraría que es por el mismo motivo.

Sheridan hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero no soltó una sola palabra.

—¿Qué había en esa cartera, Sheridan? —siguió preguntando el joven.

—No lo sé.

—¿Algún secreto de Estado?

—No lo sé.

—Claro que lo sabe, Sheridan, aunque doy por descontado que no piensa decírmelo. En esa cartera había algo importante. Y una persona que es alguien importante no quiere que quede con vida ninguna persona de las que pudieron ver su contenido. ¿Es eso o no es eso?

—Tal vez —dijo, cautamente, el agente secreto—, pero usted no tiene ningún derecho a meter las narices en un asunto así. Voy a hablarle con la máxima claridad, Will. Si su misión es proteger a esa chica llamada Clay, protéjala. Le daré toda clase de facilidades para ello, y si averiguo algo sobre las personas que han tratado de matarle, le juro que se lo diré. Pero también le juro por todos mis antepasados, que le haré quitar la licencia y apalear hasta la muerte si mete las narices un solo palmo en un terreno que no es el suyo. ¿Para qué vamos a engañarnos? Usted sabe que un cierto número de muertos de los que aparecen cada año en los estercoleros de los Estados Unidos, son muertos dejados allí por el servicio secreto. Si quiere ser uno de ellos, no tiene más que decirlo.

Will sabía que aquel tipo hablaba en serio, y sabía mucho mejor aún que el servicio secreto es, en casi todos los países, una especie de policía paralela que no depende de los jueces ni del poder legislativo, sino del ejecutivo. Quizá por eso mismo aplica, a veces, métodos excepcionales que no están, ni mucho menos, dentro de la legalidad.

Susurró:

—Cuento con su ayuda, Sheridan. Si tiene idea de quién pudo tratar de

matar a esa chica, dígamelo.

—Claro que lo haré, pero ahora váyase de esta casa, y deje de meter las narices en lo que no le importa. ¿Dónde está ella?

—¿Quién?

—Su protegida. La chica apellidada Clay.

—No lo sé.

—No diga tonterías, Will. Usted lo sabe. Claro que lo sabe. Y a mí no me importa, pero si se lo pregunto, es porque tal vez ella sepa alguna cosa. Y porque así también podemos protegerla.

—No quiero que la envuelvan en los líos del servicio secreto, Sheridan. Ella, como ciudadana, tiene perfecto derecho a permanecer neutral.

Sheridan se mordió el labio inferior, mientras gruñían

—De acuerdo, Will, allá usted. Y ahora largo de aquí.

El joven salió al pasillo y se deslizó como una sombra mientras veía, por la puerta entreabierta de una de las habitaciones, a la única superviviente de la masacre. Era una chica sana, fuerte, preciosa, que, sin embargo, parecía ahora un pingajo derribada sobre una de las butacas. Uno de los agentes le estaba aplicando un inyectable en un brazo; sin duda, un calmante.

Will contuvo la respiración.

En efecto, todo aquello olía a sangre. Pese a toda su experiencia en aquella clase de asuntos, sintió una especie de vértigo.

Capítulo V

¿UN SITIO PARA MORIR? ¡ESTUPENDO!

Cuando llegó en su cafetera a Malville Springs, empezaban a caer las sombras de la noche. Las calles comerciales de San Francisco, como Market Street, estaban animadas, pero en las zonas residenciales apenas se veía a nadie. Las luces de las casas empezaban a encenderse, mientras en los jardines ya en penumbra, los oficinistas que habían estado sentados toda la jornada cuidaban el césped y hacían su único ejercicio de la semana.

El hecho de que Will llegara tan tarde, tenía su explicación y esa explicación no solo era debida al mal funcionamiento del coche. El detective tenía la sensación de que Sheridan podía haber dado orden de seguirle con una sola intención: saber dónde estaba la chica.

Pero Will estaba firmemente decidido, por su parte, a que la muchacha no se viese envuelta en los sucios mejunjes entre los que siempre se mueve el servicio secreto. Si antes habían intentado matarla dos veces, ahora intentarían matarla once. Por lo tanto, no quería que Sheridan diese con la pista de Miriam Clay, aun reconociendo que Sheridan quería una cosa que, en principio era honesta.

Por esa razón, Will había dado absurdas vueltas con su viejo cacharro, metiéndose varias veces, como por equivocación, en las estaciones de autobuses de San Francisco, y saliendo por los lugares más insospechados. Era completamente imposible que hubieran logrado seguirle.

Detuvo el cacharro ante la funeraria.

Entró.

El dueño de aquel alegre antro estaba en su despacho. Cuando Will penetró en él sin llamar, lo encontró ligando con la secretaria, junto a un catálogo de ataúdes editado a todo color y en cuya portada se leía:

SERIE DE LUJO. EL AMOR ETERNO.

El tío que estaba con la secretaria no se inmutó. Miró a Will y dijo:

—¿Vienes a pagar?

—No —dijo Will.

—Pues entonces no interrumpas.

Y el fulano siguió amartelado a la chica, como si tal cosa. Will decidió salir. Encendió un cigarrillo fuera, y lo estaba terminando cuando el pájaro salió.

—La chica está a prueba —dijo—, no sé si admitirla.

—¿Y por qué no?

—En correspondencia anda algo flojilla.

—¿Pero lo demás lo hace bien?

—¡Pché! Ya has visto.

—Yo la admitiría.

Y fue a pasar al interior de la funeraria, donde en aquel momento no había clientes. El amo gruñó:

—¡Eh, Will!

—¿Qué?

—No has venido a tomarte medidas para el ataúd, supongo. ¿Qué buscas?

—Tú tienes a una chica llamada Miriam Clay.

—No sé...

—Te la encomendó El Canijo.

—Bueno, pues sí. La tengo. Si El Canijo te ha dicho que vinieras aquí, es que la cosa merece confianza.

—¿La ha visto alguien?

—No. La he metido más allá de la sala de los muertos. Sé que han intentado matarla dos veces y por eso he tomado las máximas precauciones.

—Vengo a llevármela —susurró Will.

—¿Por qué?

—Una persona amenazada de muerte no puede estar más de dos días en el mismo sitio. Los que la persiguen acaban sabiéndolo. Buscaré un lugar donde pueda estar protegida y lo haré, cambiando. Mis amistades en las altas esferas me ayudarán.

—El Invertido, el Caqui, el Rata...

—No te falta la razón. Cuando uno tiene amigos bien situados, es el dueño del mundo.

Will chascó dos dedos.

—Quiero verla —dijo.

—Te advierto que está estupenda —dijo el dueño del negocio—. Hace las medidas exactas de un 24.

—¿Qué es un 24?

—El ataúd de lujo más completo que tenemos.

Will se limitó a decir:

—Tu padre.

Pero siguió adelante.

* * *

La chica del dueño del alegre establecimiento, la que aspiraba a convertirse en secretaria de plantilla con todos los seguros sociales, se arregló un poco las ropas, se ajustó las medias y salió a la sala donde estaba la exposición de ataúdes. Malville no era una zona de lujo y los

clientes ricos no abundaban allí, pero hasta la gente modesta tiene a veces la vanidad de un entierro de primera clase. Por eso la gama de los que estaban expuestos en la habitación, era bastante completa.

La mujer los repasó.

Fue a quitarles el polvo.

La muerte puede ser una cosa sucia, pero todo lo que rodea a la muerte tiene que ser una cosa limpia.

Oyó entonces un gruñido a su espalda.

—¡Ejem...!

Ella se volvió. Con el silencio de un gato, un tipo enorme acababa de entrar en la habitación. Llevaba gabardina clara, sombrero y gafas negras. Por encima de las orejas se notaba que era calvo, de modo que se parecía a Kojac.

—Quiero hacer un encargo —musitó.

—¿Un ataúd para algún pariente?

—No. Para mí.

—Usted está vivo...

—Sí, pero mucha gente compra su ataúd en vida. Y lo paga a plazos.

—Vea antes los ataúdes. ¿Le interesa alguno?

—Este.

Señaló el más lujoso. La mujer pensó que era una buena venta, y además segura, pues el cliente no se lleva el artículo, que permanece en la tienda hasta que el plazo final se paga, a menos que el pájaro reviente antes. Ese era el único riesgo, pero una compañía cubría el peligro de impago por defunción mediante una sencillísima póliza.

—Son dos dólares a la semana —explicó ella—. Poca cosa.

—Pero deberían hacerme rebaja —dijo el desconocido.

—¿Por qué?

—Porque no voy a meter todo el cuerpo en el ataúd,

—No... no le entiendo.

—Soy tuerto.

Y el fulano se quitó las gafas, mostrando sus dos ojos. Uno era normal, o más que normal agudísimo como el de un águila, pero el otro consistía en algo estremecedor: una bola de acero metida dentro de la órbita.

—¡Dios... mío!

Y no pudo decir más.

El cuchillo le penetró hasta el fondo de la garganta, atravesándole el cuello de abajo arriba.

Introdujo el cuerpo en el ataúd y lo cerró sin ruido. Luego buscó un trapo y se limpió cuidadosamente la mano derecha, así como el cuchillo. Hecho esto abrió una puerta posterior, por la que normalmente entraba la mercancía.

Tres tipos más esperaban allí.

Los tres tenían la misma pinta.

Asesinos con los gastos pagados.

—Camino libre, muchachos. Y ya sabéis cuál es nuestro sistema: ningún superviviente...

* * *

La chica estaba en un pequeño despacho, en el fondo más remoto del local. Leía una revista con las manos apoyadas en la mesa y las retiró al ver a los dos hombres.

Will se dio cuenta de una montaña de cosas.

Por ejemplo, de que la chica era succulenta.

Muy joven.

Con cara de perfecta salud.

Con cuerpo de gimnasta universitaria.

Pero con unos ojos tristes, huidizos, que le daban una cierta poesía y hasta un cierto misterio. Eran los ojos de una mujercita que ha sufrido mucho, que ha visto muchas mentiras y también muchas verdades.

El joven dijo quedamente:

—Miriam.

—¿Quién es usted?

—Me envía El Canijo.

—Un nombre distinguido donde los haya —murmuró el de la funeraria—. No sé qué decirte, pero a mí me inspira confianza.

—¿A qué has venido? —susurró Miriam, cambiando el tono de su voz.

—Tengo que protegerte, y aunque opino que este es buen sitio, no puedes permanecer demasiado tiempo aquí. Los sitios buenos dejan de serlo en cuanto están muy vistos. Por cierto, soy detective privado. Te puedes fiar de mí.

Y le mostró su credencial. La chica no la miró siquiera, porque sabía que todos cuantos entraran allí serían de confianza.

—¿Tienes ya algún sitio donde llevarme? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuál?

—Te lo diré por el camino. Recoge tus cosas y acompáñame. Es posible que nos alejemos unas cuantas millas de San Francisco esta noche.

Ella hizo un gesto afirmativo y señaló un maletín que yacía en el suelo. Allí estaban las cuatro cosas que una chica joven y sana necesita para andar por el mundo. Mientras lo recogía, Will echó un vistazo a las paredes de la habitación.

Había allí un par de certificados acreditando que aquella era una excelente funeraria. Lo que no se sabía era si los certificados los habían firmado los propios clientes, es decir los muertos. Había también

fotografías de difuntos ilustres que habían tenido la inteligencia de confiar allí sus despojos: entre ellos, toda la plana mayor de los *gangsters* de San Francisco liquidados allá por los años cincuenta.

También había algunos recuerdos personales de tan ilustres clientes: pistolas, cachiporras y hasta una bola de pinchos, sujeta a una cadena, como las usadas por los guerreros de la Edad Media. El dueño de la funeraria explicó que algunos las usaban para arreglar conflictos.

Will la sopesó, retirándola del sujetador de la pared en que estaba colocada.

—Es excelente —dijo.

Y de pronto la disparó.

Fue fulminante.

Brutal.

Casi atroz.

El tipo que acababa de atravesar la puerta, provisto de una pistola con silenciador, recibió el mortífero golpe en mitad del cráneo. Ni un guerrero de las huestes de Gengis Khan podía haber usado mejor aquella bola de hierro. Toda la cabeza del intruso se abrió.

Miriam no pudo ni gemir.

El dueño de la funeraria se echó para atrás.

El único que conservó la serenidad fue Will, pues se dio cuenta de que detrás de aquel tipo estaban otros tres. Todos llevaban gafas negras y pistolas provistas de silenciadores, listas para funcionar.

Y funcionaron.

Menos mal que Will cerró la puerta de un puntapié. Los plomos atravesaron la hoja de madera como si fuese de papel, pero los asesinos que estaban detrás no podían ver el sitio en que colocaban los proyectiles. Estos se hundieron en una de las paredes, empezando a descolgar diplomas.

Tanto la chica como el dueño estaban aterrados. Will, sin embargo, ni siquiera pestañeó. Quizá le había dado cierta práctica el haberse pasado la vida huyendo de acreedores armados con rifles. El caso fue que dio la sensación de que aquello no le afectaba en absoluto.

—¿Hay otra salida? —preguntó.

—No...

—¿Tienes un arma?

El dueño señaló temblorosamente el cajón izquierdo de la mesa.

—Una «Walter» alemana del 7,63...

—No es mal petardo —fue lo que dijo Will.

Y la tomó en sus dedos. Comprobó la carga e hizo una seña a los otros dos para que se parapetaran tras la mesa. Se situó a un lado de la puerta cuando esta cedía.

Un hombre entró disparando.

Pero no veía dónde iba.

Y siguió sin verlo.

Angelito del alma.

Tenía ya una bala del 7,63 en el cráneo cuando chocó con el único certificado que aún colgaba de la pared, un certificado que decía: POR PROPIA EXPERIENCIA, recomiendo LA FUNERARIA RATTEFIELD, DADA LA ESCRUPULOSIDAD DE SUS SERVICIOS...

Will susurró:

—Y encima gratis, macho.

Disparó a través de la puerta, pero los otros dos hombres que había más allá eran unos profesionales de primera clase. Se habían dado cuenta de que la situación estaba girando y tomaban sus precauciones. Uno que tenía un cierto parecido con Kojac, gritó:

—¡Fuera! ¡Tú por la derecha y yo por la izquierda! ¡Largo!

Debían pensar que dentro del despacho había todo un grupo de hombres dispuestos a hacerles frente. En un instante se evaporaron de allí. Will miró para atrás, se dio cuenta de que la chica estaba segura y dio unos pasos hacia el exterior.

Al tipo que recordaba algo a Kojac ya no pudo verle, pero el otro corría como un gamo hacia la salida exterior. Solo con el fin de demostrarle su comprensión su afecto, Will le envió una bala al centro de la cabeza.

El fugitivo tuvo suerte. Solo perdió un mechón de cabellos, pero esa es una cosa que se puede remediar.

Llegó al exterior.

Corrió locamente por la calle solitaria.

Tenía un coche estacionado justamente detrás del cacharro de Will, y ese coche era un «Cadillac» última serie. Puesto que el fulano zigzagueaba igual que una liebre, era casi imposible alcanzarle con una bala en tan cortos segundos.

Pero el fulano estaba cometiendo un terrible error.

Por ejemplo meterse dentro del coche.

Quedarse quietecito ante el volante. Y perder dos segundos, cinco, quizá diez, en pretender arrancar.

O sea esperar la bala durante dos, cinco o quizá diez segundos.

Cuando el fugitivo se hubo sentado ante el volante y hubo girado la llave de arranque, Will apuntó. No iba a dejarle vivo ni iba a darle la oportunidad de comer sopas aquella noche. Le envió todo el cargador de abajo arriba.

El estruendo llenó la calle.

Los plomos aullaron como abejorros rabiosos.

Pero Will se dio cuenta de algo que le dejó asombrado, de algo que le heló la sangre... ¡Los plomos no atravesaban ni los cristales ni la carrocería! ¡El coche estaba blindado!

¡Aquel hijo de perra iba a escaparse!

Pero en aquel momento ocurrió algo fantasmal, algo que Will no pudo ni creer.

Porque de detrás de la cabeza del conductor, apareciendo en el diván posterior del coche, brotó un revólver de gran calibre, nada menos que un «Magnum».

Y el cañón se apoyó delicadamente en la nuca del tío.

Y un dedo apretó no menos delicadamente el gatillo.

La cabeza del hombre, en cambio, saltó sin ninguna delicadeza. Todo hay que decirlo.

Capítulo VI

LLEGUEMOS A UN ARREGLO

Will quedó aterrado.

Helado.

Su clásica serenidad pareció esfumarse allí. Incluso estuvo a punto de dar media vuelta y tratar de huir al ver que el cañón del «Magnum.» giraba lentamente hacia su cabeza.

Pero de repente vio al tipo que acababa de manejarlo el mismo que había causado una muerte con tan absoluta frialdad. Distinguió a la perfección aquella cara.

Con voz quebrada a causa del asombro balbució:

—Sheridan...

El jefe del servicio secreto salió lentamente del «Cadillac». Guardó el enorme petardo y vino hacia él.

No parecía demasiado impresionado por lo que acababa de hacer.

—Tenemos que hablar, Will —dijo—, pero aquí no. ¿Han matado a la chica?

—¿Cómo sabe que está aquí la chica?

—Vamos, hombre, no seas ingenuo. Te hemos seguido.

—¿Cómo ha podido seguirme? No conozco mal mi oficio en esas cosas. Me he asegurado de que nadie venía detrás de mí.

Sheridan pareció escupir las dos palabras.

—Pequeño idiota —dijo.

—Oiga, que peso noventa kilos. En todo caso seré un idiota grande.

—¿Es que no lo comprendes? —masculló Sheridan—. No ha habido necesidad de meter a nadie detrás de ti lamiéndote la mierda de los neumáticos. Tú has dejado esa cafetera rusa delante de la residencia estudiantil cuando nos hemos visto, ¿no?

—¡Ujú!

—Pues debieras haber adivinado que alguien ha pegado al interior de una de las portezuelas, mediante una ventosa, un pequeño aparato emisor de radio. Cuestión de dos segundos. Y la estación de control nos habría indicado tu situación exacta aunque te hubieras ido a la luna.

—Siempre se está aprendiendo —fue todo lo que se atrevió a decir.

—Pues ahora ya sabes por qué estoy aquí.

—¿Y esos buitres? ¿Cómo lo han sabido?

—Siguiéndome a mí. Seguro que me controlan. La verdad es que yo no he tomado ninguna precaución para evitar que me siguieran, puesto que no lo esperaba. De modo que si tú has cometido una distracción, yo he cometido una muchísimo peor y que ha estado a punto de dar al traste con

todo.

—Pero esos tipos han llegado antes que usted, Sheridan. ¿Cómo es posible si le estaban siguiendo? Tenían que haber llegado después.

—Sigues pensando como un pajarito, Will. Cuando un hombre como yo llega a un sitio, no se mete directamente en el agujero sin dar una vuelta antes. Estaba rodeando la funeraria y examinando el edificio cuando esos tipos han llegado. Seguro que han visto mi coche y, sobre todo, el tuyo. Sencilísimo, ¿no? Han sabido que estabas ahí y que seguramente estaba también la chica. Resultado: inmediatamente se han constituido en piquete de exterminio. ¿Lo ves claro ahora?

—Sí, Sheridan, pero ¿qué ha hecho usted mientras tanto?

—Lo primero oír los disparos que sonaban dentro.

—Sí, los míos, porque ellos usaban silenciadores. ¿Y luego?

—Ver qué coche nuevo era el que estaba ahí. Uno que no podía estar cuando yo he llegado.

—Muy inteligente. ¿Qué más?

—Dando por supuesto que era el de los pájaros que disparaban dentro, me he metido en tan suntuoso bólido y he acariciado mi «Magnum». ¿Tú sabes lo suave que es un bicho como ese? Tiene un acero que parece seda. Más fino que la pierna de una mujer... Luego te he visto salir a ti detrás de un fulano que llevaba su profesión en la cara: asesino profesional. He hecho un solo disparo sin importancia y... ya está. Trabajo concluido.

Will quedó helado ante las frases cortantes e implacablemente lógicas de aquel hombre.

—¿Ha venido solo?

—No. Esos dos hombres que están ahora hablando con los patrulleros que acaban de llegar, son agentes míos. Ellos darán toda clase de explicaciones legales para que no nos molesten. Tú y yo hemos de ir adentro.

Se colaron en la funeraria mientras, fuera, los patrulleros y algunos curiosos lo rodeaban todo. Con la calma del que está haciendo un trabajo casi rutinario, Sheridan se puso un cigarrillo en los labios y murmuró:

—Eres un buen profesional, Will. De lo contrario no hubieses podido con todo.

—Quizá no lo evite la próxima vez.

—¿Ha escapado alguno?

—Sí, un fulano que se parecía a ese teniente de las películas: al tal Kojac.

Los ojos de Sheridan se entrecerraron.

—¡Hijo de perra! —fue todo lo que dijo.

—¿Le conoce?

—La superviviente de aquella masacre lo ha descrito.

—¿Quiere decir que es... es...?

—Sí. Se trata del mismo. El que dirigió la matanza.

Will sintió frío en la columna vertebral.

—Siento no haberle dado —musitó—. De verdad: lo siento...

—Hay algo que debe quedar claro, Will, detective de la puñeta.

—¿Qué es?

—Hoy has salvado a esa chica,

—Sí.

—Pero puede que mañana no la salves.

—No.

—Por lo tanto tiene que quedar bajo la protección de todo un sistema.

Es indispensable que nos hagamos cargo de ella cuanto antes para evitar que muera.

Will negó con la cabeza.

—No, Sheridan —dijo.

—¿Por qué no?

—Se lo he dicho antes: ustedes la protegerán, pero será para utilizarla.

Le sacarán todo lo que sabe, hasta la última palabra. La irán metiendo en el mejunje poco a poco, la utilizarán para sus planes y hasta puede que la empleen como rehén o como cebo. Si conservar la vida significa meterse en uno de los más sucios asuntos de la historia del país, puede que el trato no le interese.

—¿Entonces qué pide?

—Ella no pide nada. Pido yo.

—¿Y qué pides tú, muerto de hambre?

—Quiero protegerla y que viva en paz. Y cuanto menos sepa de los hombres como tú, Sheridan, mucho mejor para ella.

—Estoy de acuerdo. No vamos a discutir sobre mí, digamos sobre mi calidad moral y la de mis hombres —Sheridan se encogió de hombros—. Ya sabemos de qué pasta estamos hechos. Pero nosotros no dormimos, Will, mientras que tú habrás de dormir alguna vez. Habrás de comer y habrás de meterte al menos cinco minutos bajo la ducha. No te exagero: dejarás al día más de ocho horas de margen para que hasta un aficionado pueda matarla.

Will se mordió el labio inferior. Era verdad. Un hombre solo nunca puede proteger a una mujer, porque la experiencia demuestra que para una protección eficaz hacen falta tres personas. Dos aún se pueden arreglar si son del oficio, pero una... Bueno, un solo protector durante días y días, da risa.

Sheridan adivinó sus pensamientos.

—No tienes derecho a jugar con la vida de esa chica, Will —masculló—. Insisto en que no tienes derecho.

—Tampoco pienso entregarla a los sabuesos del servicio secreto.

—Hay una solución intermedia —dijo Sheridan.

—¿Cuál?

—Visita una agencia de las que alquilan guardaespaldas. Las hay.

—Eso cuesta dinero, Sheridan.

—¿El Canijo lo tiene?

—Si no roba, no.

Sheridan se encogió de hombros.

—Entonces púdrete —dijo—. Ya asistiré a vuestro entierro.

Y fue a dirigirse más al interior de la funeraria, pero de pronto se volvió. Su rostro había cambiado en unos segundos. Reflejaba una viva preocupación, casi un vivo sufrimiento.

—Me interesa que la chica viva —dijo—. Puede ser una buena fuente de informaciones, al fin y al cabo.

—No dejaré que la interroguen, Sheridan. Ya he hablado claro, ¿no?

—Bueno, eso ya lo veremos. Lo que quiero decir es que en el departamento tenemos algunos fondos sobre los que no hay que dar demasiadas explicaciones al contribuyente. Todos los organismos semejantes los tienen: imprevistos, sobornos, convites interesados, compra de confidencias... Algunos llaman a eso *fondo de reptiles*. Bueno, a lo que iba: puedo hacer que alguien escupa unos cuantos dólares para ayudarte si eliges una buena agencia.

—¿Qué agencia?

Sheridan se encogió de hombros otra vez.

—Eso me importa muy poco. Tú mismo.

Y se alejó. Penetró directamente en la habitación donde estaban los ataúdes.

Solo uno estaba cerrado. Lo abrió.

La mujer con una espantosa brecha en el cuello casi cayó sobre él. Sheridan se hizo a un lado y se limitó a decir:

—¡Cuerno! Aquí venden el ataúd con el fiambre dentro. Servicio completo. Y luego aún hay quien dice que el país no va para arriba...

Capítulo VII

UNA MUJER DE NARICES

Will se sentó tras la mesa de su despacho, puso las patas encima y mamó un ratito de la botella de whisky que tenía en el cajón de la izquierda.

Estaba más que preocupado. Aquella noche no había podido dormir, y las razones eran obvias. Razones de todo tipo.

La más importante de ellas era que había tenido que dormir en la bañera, con una pistola en la mano, para que Miriam pudiese descansar en el diván que él tenía enfrente de la mesa. Ahora la chica salió del cuarto de baño y le miró como si ella tampoco hubiera podido dormir.

Pero eso para nada afectaba a su belleza dulce, suave, a aquella belleza de poetisa que a veces no parecía estar de acuerdo con su cuerpo de *vedette*. Mientras se sentaba al otro lado de la mesa, susurró:

—Tengo todavía algunos dólares para que podamos desayunar. Supongo que tú estás mondado, ¿verdad?

—Puede decirse que no tengo ni un níquel.

—Está bien, pago yo —dijo Miriam—. ¿Hay aquí algún sitio de confianza, donde a una no la tiroteen desde la puerta del retrete?

—El bar de Joe —dijo Will—. Allí no hace falta que te tiroteen.

—¿Por qué?

—Para matarte, basta con que te inviten a un trago. ¡Hala, vamos!

Salieron los dos, pero Will vigiló muy bien antes la calle y en especial los coches que estaban aparcados en ella. Solo cuando se hubo convencido de que no había peligro atravesaron la calzada, pero los nervios del detective estaban en tensión.

Necesitaba a alguien que le ayudara a proteger a Miriam si quería que Miriam siguiese viva.

Cuando se hubieron sentado ante una mesa, algo lejos de la ventana para no ser tiroteados, Will preguntó:

—Todo ha empezado por una cartera que robaste Miriam. ¿A quién se la birlaste? ¿Cómo sucedió?

—Bueno, fue... fue una cosa bastante normal —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

—¿Cómo era aquel fulano?

—No sé, no tenía nada de particular. Era... En fin, sí... Lo único que recuerdo como cosa característica es que tenía un mechón blanco en mitad del pelo negro. Hay un político europeo que también tenía un mechón blanco en la cabeza cuando era joven...

—Es el político italiano Aldo Moro —dijo Will—. Ahora me hago ya

más idea de cómo era aquel hombre, aunque la cosa no tenga demasiada importancia. ¿Qué hiciste con la cartera?

—No resulté demasiado hábil, ¿sabes? —susurró Miriam—. Soy una cochina novata. El tipo aquel se dio cuenta y empezó a chillar como un condenado, aunque no había para tanto porque apenas llevaba dinero, según vi más tarde. Hube de huir y un policía me persiguió. El único sitio donde pude ocultarme fue aquella residencia de estudiantes. Ellos mismos despistaron al policía y yo pude huir, aunque olvidé la cartera que acababa de robar.

—Y los chicos la devolvieron, ¿no?

—Exacto. No tuvieron ningún problema porque en ella estaba el documento de identidad de su dueño.

—¿Recuerdas el nombre?

—No, no me fijé, pero aunque me hubiese fijado no creo que lo hubiera recordado.

—Eso hasta aquí, no tiene nada de especial —dijo pensativamente Will—, pero las cosas inexplicables empiezan después. Los asesinatos en masa... Los intentos para quitarte de en medio... El mismo hecho de que intervenga el servicio secreto... En esa cartera había algo muy importante, pero no sé lo que es. Tal vez si pudiera encontrar al tipo del mechón blanco lo sabría.

—Tampoco te lo dirá aunque lo encuentres, Will. Y por otra parte, ¿qué importancia tiene lo que hubiera allí?,

—Quizá eso me sirviera para conocer la raíz del asunto —dijo el detective pensativamente—. Tengo la sensación de que, si no llego a conocer eso, jamás adelantaré nada.

Mientras les servían un típico desayuno de la casa —huevos fritos, *bacon*, mermelada de dos clases, maíz tostado, mantequilla y café—, Will apretó fuertemente los dedos sobre la mesa.

—Solo una persona puede saberlo —dijo.

—¿Quién?

—Yolanda Winter, por supuesto. La chica que se salvó. Quizá ella llegó a ver la cartera antes de devolverla.

—Tampoco te lo dirá aunque lo sepa. Es una muchacha a la que la policía tiene controlada y no consentirá que hable contigo.

—Tal vez lo logre si dispongo de tiempo libre —murmuró Will, pensando en voz alta—, pero para eso necesito que alguien te proteja.

—¿No has de protegerme tú?

—Un hombre solo no puede hacerlo —reflexionó Will—. El propio Sheridan me hizo pensar en eso y me doy cuenta de que no le faltaba razón. Un hombre solo se fatiga y está expuesto a demasiados fallos, si una agencia especializada me ayudase, todo iría mejor.

—¿No tienes ningún colega de confianza? —susurró Miriam.

—Mis colegas de confianza —confesó tristemente Will—, están todos en la cárcel.

Y repasó en su memoria mientras ambos comían en silencio. Al cabo de unos instantes apretó los puños y susurró:

—¡Ya lo tengo! Claro, qué estúpido soy... Ayer mismo me enviaron una carta ofreciéndome sus servicios y no lo había recordado más. Se trata de una mujer famosa y de toda confianza, una antigua miembro de la CIA.

Miriam Clay le escuchaba con atención, aunque se daba cuenta de que ella apenas podía decidir nada en aquel asunto. Solo sabía que iba a morir irremediablemente si no cuidaban de ella. Por lo tanto no se opuso cuando Will añadió:

—Esa mujer se llama Linda Goerst. Me extraña que haya enviado propaganda a un tipejo como yo, puesto que ella debe tener muchísimo trabajo, pero quizá cuenta con una organización de agentes especializados en protecciones y además con algunos escondites absolutamente seguros. No perderé nada con ir a verla.

Y salieron los dos. Linda Goerst, según la propaganda que había enviado a Will, vivía en una discreta casa cercana a Sausalito, pero antes el propio Will comprobó aquella dirección en la guía telefónica. Una vez estuvo seguro, tomaron los dos el coche supersónico del detective, arrancando mediante el infalible sistema de empujarlo cuesta abajo y se dirigieron a Sausalito.

Buena tierra aquella.

Buenas fincas aisladas para pasar el fin de semana con la secretaria. Buenos amarres para las embarcaciones con las que uno puede practicar la pesca de altura. Buenos hoteles y buenas facturas apenas uno pide algo que no sea un vaso de agua.

Linda Goerst tenía sus oficinas en uno de los bloques más elegantes, junto al camino que lleva a la sierra. Una placa en el portal lo indicaba. También había en el balcón una bandera americana, pues la exagente de la CIA parecía ser incapaz, pese a todo, de olvidar aquella enseña por la que luchó en las cinco partes del mundo. Will frenó casi sacando el pie fuera del coche y se detuvo tras un fantástico «Barracuda» que acababa de llegar un segundo antes. De él estaba descendiendo una mujer de las que hacen volver a uno tres veces el cuello para poder verle un poco mejor las piernas.

La mujer descendió del «Barracuda» y penetró en el portal. Will fue tras ella.

El departamento del conserje estaba al fondo tras un recodo, de forma que no podía ver a los que entraban en la casa hasta que estos daban unos pasos hacia los ascensores. La hermosa mujer fue a darlos, pero en ese momento ocurrieron seis cosas.

Fue como en una vertiginosa película. El propio Will no daba crédito a

lo que veía.

Primero, un fulano que acechaba en el recodo saltó hacia la seductora hembra. Intentó lanzarle a los ojos el contenido de un spray de los que dejan momentáneamente ciego.

Segundo, la mujer se ladeó, esquivando el ataque con una agilidad que hubiese envidiado un campeón mundial de lucha. El atacante pasó materialmente por encima de ella, al perder el equilibrio y encontrarse, además, con un rodillazo en el bajo vientre.

Tercero, la mujer, durante los breves segundos en que lo tuvo de espaldas, le propinó encima un terrible golpe en la nuca con el canto de su mano abierta.

Cuarto, el pájaro salió despedido por el portal, hecho un trapo, sin que Will, asombrado, pensara en detenerlo.

Quinto, la preciosa mujer sonrió con un gesto de aburrimiento, como si pensara en lo fastidioso que es tener que hacer eso al menos dos veces por semana.

Sexto, se dirigió a los ascensores, hacia el lugar donde estaba el conserje, quien no se había enterado de nada... porque todo acababa de suceder con el silencio de un choque entre dos serpientes.

Will estaba materialmente petrificado por lo que acababa de ver. Él era experto en luchas y por eso mismo sabía el valor que tenía lo que la mujer acababa de hacer. Con voz opaca preguntó:

—¿La señorita Linda Goerst?

—Yo misma. ¿Qué pasa? Tengo mucho trabajo —dijo ella desabridamente.

—Suponía que tenía que ser usted.

—¿Por qué? —preguntó ella sin interés alguno.

—Debe ser porque esas exhibiciones no están al alcance de cualquier aficionada.

—Me limito a defenderme de los que quieren echarme un spray a los ojos para luego raptarme —dijo ella—. Esos líquidos te dejan ciego durante más de un cuarto de hora. Y ahora déjeme en paz. Tengo demasiado trabajo para dedicarme a los muertos de hambre.

—¿Cómo sabe que soy un muerto de hambre? —preguntó mansamente Will.

—He visto su coche. Menuda alhaja... Oiga, ¿de dónde lo ha sacado? ¿Del museo de recuerdos de Al Capone?

—Oiga, quiero que me ayude —dijo él, sin ofenderse.

—Le he dicho que tengo demasiado trabajo. Váyase de aquí o le pasará lo mismo que al tipo que ha visto salir volando.

—¿Sí?

—Sí —dijo ella.

Y fue a lanzarle también un rodillazo al bajo vientre. Will se limitó a

esquivar con una suave flexión, mientras suspiraba con desaliento.

Y entonces ocurrieron seis cosas más.

Primera, sujetó la pierna de la chica.

Segunda, tiró de ella hacia arriba.

Tercera, la envió por los suelos.

Cuarta, la levantó con una sola mano, desgarrándole el vestido.

Quinta, la apretó contra la pared.

Sexta, le atizó un beso en plena boca, apretándola de tal modo que por poco salen los dos por el otro lado del muro.

Fue un beso del que el conserje hubiera debido enterarse, pero el tío estaba dormido.

La chica quedó roja.

—Nunca me habían tratado así —fue todo lo que dijo.

—Si quieres empezamos otra vez.

Ella suspiró:

—Más vale que me digas qué has venido a buscar aquí.

—Quería verte a ti. Tengo la sensación de que eres a mujer que me conviene.

—¿Por qué?

—Te lo diré en el coche.

Pero cuando vio que había otra mujer joven —y tan preciosa como ella — dentro de aquel modelo de la Guerra Europea, dijo secamente:

—Marrano.

—No es lo que tú piensas —dijo Will.

—¿Pues qué es?

—Entra y te lo contaré.

Aquí no había cuesta abajo para arrancar, pero el coche no se portó del todo mal. Esta vez se puso en marcha después de dar Will un puntapié al cúter para ver si aquello se movía. Y se movió. Lo malo fue que, como no había frenos, estuvieron los tres a punto de ir de cabeza al agua.

Capítulo VIII
EL CIELO TE ESTÁ ESPERANDO, MACHO

Will contempló desde la ventana, con los prismáticos, lo que estaba ocurriendo en la habitación de la misma altura situada al lado opuesto de la calle. Vio a las dos mujeres leyendo revistas tranquilamente con esa laxitud de las señoritas que se aburren y que están esperando que alguien venga a hacerles compañía. Pero Will tenía otras cosas más graves en que pensar, y por eso bajó los prismáticos mientras se retiraba de la ventana poco a poco.

Luego marcó un número de teléfono que conocía bien. Le contestó una voz asustada de un tipo que debía estar muy a buenas con la ley, porque lo primero que dijo fue:

—Soy inocente. No se me puede probar nada.

—Pero oye...

—No hablaré si no es en presencia de mi abogado.

—Escucha, Canijo, que soy Will...

—¡Ah, caray...! Pensaba que era el de la Junta de Libertad Vigilada. Me ha llamado no hace ni cinco minutos,

—Canijo, quiero hablarte de Miriam.

—¿Qué pasa? ¿La han trincado? ¡Si la han

trincado no cobras!

—Tampoco voy a cobrar, pero eso es lo de menos. Oye, Canijo, quiero informarte. Miriam Clay está en un clarísimo peligro y hasta ahora se ha salvado casi de milagro, pero ahora he tomado una persona que va a ayudar durante un par de días. Tengo miedo de fallar y creo que no voy a poder protegerla yo solo.

—¿Qué persona es esa, Will?

—Una detective llamada Linda Goerst.

—La he oído nombrar. Perteneció a la CIA y escribió un libro escandaloso sobre los métodos del espionaje. No sé si la echaron por eso o se fue, pero el caso es que ya no trabaja para el Gobierno. Ya sé que se especializó en proteger personas, pero es muy cara.

—Es que hay algo de simpatía entre los dos, Canijo. No te lo puedes imaginar.

—¿Qué clase de simpatía?

—Ella me quiso dar un rodillazo en la entrepierna y yo la hice rodar por el suelo. Luego nos besamos y todo eso. Tenemos programado un viaje a Honolulu en cuanto tú me pagues.

La voz del Canijo sonó temblorosamente.

—No me digas que estás en tu despacho o en tu apartamento y delante de ella, Will. No lo creeré.

—¡Oh, no...! La he llevado a mi apartamento

junto con Miriam, pero no estoy allí. Con el poco dinero que ha podido darme la propia Miriam, he alquilado por una semana un despacho semirruinoso que tiene la ventaja de estar justo al otro lado de la calle. Con unos prismáticos puedo ver lo que hacen las dos, y si corren peligro me enteraré enseguida. Por otra parte, he comprado un rifle calibre 22 con proyectiles de punta blindada, y lo tengo montado junto a la ventana. Si alguien atacara a las muchachas, yo podría intervenir enseguida.

Se oyó un suspiro al otro lado del cable.

—Tú siempre has sido un chico muy precavido, Will —dijo la voz.

—En este trabajo no puedo cometer un solo fallo o todo se irá al diablo.

—¿Saben las chicas que estás ahí?

—Por supuesto que lo saben.

—¿Pero y si tienes que salir para algo?

—Eso ellas no pueden saberlo. Me acabo de hacer instalar el teléfono y no tienen, aún el número. No pueden llamar.

—¿Y no sería más conveniente que lo tuvieran? ¿Y que pudieran pedirte auxilio en caso necesario?

Will negó con la cabeza como si el otro pudiera verle.

—Temo que el teléfono en mi apartamento esté controlado, Canijo —susurró—, y mientras tenga

esa duda no puedo exponerme a que me llamen. Alguien podría averiguar que yo también vigilo y liquidarme antes de liquidarlas a ellas. Es algo que solo va a durar un par de días, pero durante ese tiempo necesito obrar con la máxima cautela. Y ahora te diré para qué te he llamado: es una cosa muy sencilla.

—¿Qué cosa?

—Necesito dinero.

—Pues vaya sencillez, ¡maldita sea!

—El mejunje en que estoy metido exige algunos desembolsos —se defendió Will—. Durante cuarenta y ocho horas necesito ser un hombre que no tire el dinero, pero al que tampoco le falte un dólar.

—De acuerdo, precisamente tengo una cartera muy fácil —suspiró el Canijo—. Desde anoche está en el bar que yo frecuento un tipo que no hace más que beber. He visto dónde guarda la cartera y tiene en ella un par de los grandes. Si no se la he birlado ya, es porque resulta tan fácil que casi me da vergüenza.

—Ese es asunto tuyo, Canijo. Yo no te digo ni que lo hagas ni que dejes de hacerlo; solo te digo que necesito pasta.

—Llámame dentro de diez minutos —dijo el carterista.

Will llamó exactamente doce minutos después.

—La tengo —fue todo lo que dijo su honrado cliente.

—Sí que ha sido un golpe rápido...

—Ya te he dicho que era muy fácil.

—¿Cuánto hay?

—Menos de lo que pensaba. Mil cien.

—Me parece suficiente. ¿Voy a tu casa? No me parece prudente que, de momento, nadie se deje caer por aquí, ¿entiendes? Nadie por ahora.

—De acuerdo, ven. Te espero ahora mismo.

Will colgó, y suspiró con cierto alivio porque tener un poco de dinero le facilitaría una mayor libertad de acción, y salió de la casa por una puerta de servicio que daba a un callejón. Desde allí se esfumó como una sombra, sin ser visto.

El Canijo estaba en su cuchitril. Era un cuarto pequeño e incómodo, pero muy bien estudiado porque tenía tres distintas vías de escape. Nunca aquel tipejo le había parecido a Will tan pequeño, tan amarillo, tan arrugado, tan derrotado por los avalares de la vida. Y hasta el propio Will se imaginó así dentro de unos años, cuando las fuerzas le hubieran abandonado, cuando la crueldad de la existencia le hubiera ido hundiendo y arrinconando poco a poco. Pero este no era el momento de pensar, sino de cobrar.

Will suspiró:

—Siento haberte forzado, Canijo.

—No te preocupes, comprendo que tienes razón.

Un trabajo de esta clase no se puede hacer con los bolsillos vacíos.

—En este momento Miriam y su acompañante no saben si las vigilo o no desde el otro lado de la calle, pero deben imaginar que sí. Eso les dará confianza, ¿sabes? Además estaré allí otra vez dentro de diez minutos. Por cierto, ¿tienes algo de beber?

—Ahí.

Señaló una mesita del otro lado de la habitación donde había unas botellas y vasos.

—¿Tienes la cartera? —musitó Will, tras servirse un poco de whisky.

—Aquí —dijo el ladrón mientras se daba un golpe en el lado izquierdo del pecho.

Y entonces cambió todo.

Fue como una cochina alucinación.

Como un horror proyectado a cámara lenta.

Como una marea roja.

Porque todo el cuerpo del carterista se deshizo. Porque la explosión terrible que se produjo en el lado izquierdo de su pecho lo partió en pedazos como si una granada de mano hubiese entrado en ignición dentro mismo de sus costillas.

Solo al hecho de estar lejos debió Will la vida.

Pero aquel horror, aquel asombro, aquella especie de náusea no los olvidaría jamás. Igual que en cien fotos repetidas unas tras otra vio aquel cuerpo que se deshacía, vio la sangre planear hacia él, se vio a sí mismo rodar por el suelo para evitar aquellas salpicaduras macabras.

Luego miró atontado en torno suyo.

Tenía la sensación de haberse roto los tímpanos y su cabeza zumbaba horriblemente, pero conservaba la facultad de pensar. Y su pensamiento le dijo que aquella había sido una de las trampas más crueles, más sucias y al mismo tiempo más inteligentes e implacables con que se había encontrado en su miserable vida.

La cosa estaba clara, y los elementos se le aparecían ahora ante los ojos con toda su sencilla y siniestra desnudez. Esos elementos eran:

Una cartera en cuyo interior alguien había cosido varias capas de explosivo plástico prácticamente imposibles de descubrir si uno no desmontaba toda la piel

Un tipo que exhibía la cartera delante de El Canijo, sabiendo que este acabaría por robarla.

Un pequeño resorte que se movía cuando el tipo se daba cuenta de que la cartera le iba a ser sustraída. A partir de ese momento, cualquier golpe más o menos fuerte dado al objeto provocaba el

horrible estallido.

Con aquel atentado habían querido no solo liquidar al carterista, sino también a él.

Oía gritos en todas partes.

Pitidos de la policía.

Ruido de puertas que se abrían y cerraban.

Con una rapidez de la que él mismo se asombró, la serenidad volvió a Will, al darse cuenta de que no podía permitirse el lujo de que le capturaran allí. Por lo tanto, y como conocía a fondo aquel escondite, utilizó la puerta falsa que existía detrás de la librería. Aquello daba a una galería de servicio de la compañía telefónica, por la que se podía escapar fácilmente en unos segundos.

Pero cuando Will llegó de nuevo a la calle, se dio cuenta de que no tenía fuerzas ni para andar.

Su cerebro se negaba a seguir pensando.

Toda aquella implacable cadena de muertes, todo aquel horror sin nombre, ¿a qué se debía? ¿Cuál era la razón? ¿Qué mano misteriosa se movía detrás? ¿Por qué las calles de San Francisco se habían llenado de sangre?

Esas preguntas ni siquiera eran pensamientos. Eran aguijonazos que se clavaban en el cerebro de Will. Will parecía completamente un borracho o quizá un drogado cuando volvió casi a rastras al despacho recién alquilado donde estaban sus

prismáticos, su ventana, su rifle, pero ahora había algo más allí, algo que le acompañaba a todas partes: aquel horror sin nombre que empezó en una residencia estudiantil y había acabado de momento en el refugio de un carterista profesional. Will tuvo la sensación de que, dentro de muy poco, él estaría también metido en un ataúd y con la boca tiesa.

Miró temblorosamente con los prismáticos, porque no podía soportar la simple idea de que también les hubiese ocurrido algo a Miriam y a Linda. Pero no, no les había ocurrido nada.

Estaban, simplemente, jugando a los naipes cerca de la ventana.

Capítulo IX

EL HOMBRE DEL MECHÓN BLANCO

Cuando soltó los prismáticos y se dio cuenta de que al menos las dos mujeres estaban a salvo, el cerebro del detective volvió a funcionar. Y eso le sirvió no para ver las cosas claras ni mucho menos, pero sí al menos para darse cuenta de dos cosas:

Primera, la clave podía estar en la cartera que birló Miriam, y la cual contenía sin duda algo de la mayor importancia.

Segunda, el hombre que podía saber lo que contenía aquella cartera era el mismo al cual se la habían devuelto los estudiantes, es decir, el fulano que tenía en su cabello negro un mechón blanco.

¿Pero quién era ese hombre?

¿Cómo llegar a él?

Will solo conocía un camino, y ese camino pasaba por la muchacha que quizá sabía a qué dirección había sido devuelta la cartera. La muchacha que se había salvado por casualidad de la matanza y se llamaba Yolanda Winter. La que había sido la novia del difunto John Craig.

Will no sabía dónde estaba Yolanda y tampoco se lo podía preguntar a Sheridan, porque él no se lo iba a decir. Sin duda la muchacha se encontraba bajo la protección del servicio secreto y nadie podía llegar hasta ella. Por lo tanto, Will era consciente de que se había metido en una especie de callejón sin salida.

Claro que había medios indirectos de avanzar algo.

Will era un buen detective privado, aunque no hubiese hecho dinero, y conocía esos medios.

En primer lugar, la muchacha tenía padres.

En segundo lugar, la conocerían en los comercios cercanos a su domicilio. Y seguramente habría ido a divertirse a sitios donde la conocerían también.

Resuelto a seguir aquella vía de aproximación indirecta, Will buscó en la guía telefónica el apellido Winter, pero situándolo en una calle que estuviese cercana a la residencia estudiantil. Encontró un abonado con ese nombre en una calle paralela, y ya no le cupo duda de que aquel tenía que ser el padre de Yolanda. Disco el número y aguardó pacientemente.

Pero el timbre no sonaba.

Will lanzó una maldición.

Llamó a la compañía telefónica.

—Ese abonado se acaba de dar de baja —le informó una agradable voz femenina.

Will mascullo:

—Gracias.

Y colgó.

Aquello significaba ni más ni menos que una cosa: los hombres del servicio secreto habían obligado a los padres de Yolanda a prescindir del teléfono por razones de seguridad.

Will volvió a salir como un sonámbulo de la casa.

Necesitaba darse prisa o no llegaría a ninguna conclusión en las próximas horas. Y cada minuto y cada fallo contaban. Cada minuto y cada fallo podían significar una muerte.

Había abandonado de nuevo su puesto de vigilancia, pero no le importaba. Tampoco tenía fuerzas para decirle a Miriam Clay que el único hombre que se portó bien con ella había muerto despedazado por una bomba. En este momento, Will solo hubiera tenido fuerzas para una cosa: meterse en una bañera llena de whisky e ir la vaciando a base de sorber con una paja.

Después de dar un rodeo, se dirigió a un bar cercano al domicilio de Winter. Preguntó por él, pero nadie le quiso dar respuestas. La gente parecía asustada, recelosa. La casa estaba cerrada y vacía. Dos pajarracos a los que solo les faltaba llevar una pancarta diciendo el sueldo que les pagaban en el servicio secreto, paseaban lentamente de una acera a otra, husmeándolo todo.

Will sentía que los nervios le pinchaban dentro del cerebro.

Convencido de que por allí no podría averiguar nada, cambió de técnica. Fue a la oficina de correos del distrito.

Los últimos veinte dólares que le quedaban se los soltó a un muchacho pelirrojo y con cara de estar leyendo el Play Boy hasta cuando dormía. El muchacho pelirrojo, un auxiliar que llevaba camino de convertirse en un competente funcionario, le enseñó discretamente el libro registro donde constaban los envíos certificados hechos desde la zona en las últimas dos semanas.

Will jugaba una carta: la devolución de la cartera la habrían hecho los estudiantes por correo certificado seguramente, y también seguramente habían tramitado el certificado en aquella oficina. Buscó con ansiedad los nombres de los remitentes, sintiendo que el sudor llegaba hasta sus dedos.

Por fin encontró lo que buscaba: John Craig. Precisamente era John Craig quien había hecho la devolución.

Pero no era ese el nombre que le interesaba, sino el de la persona que había recibido el envío. Por fortuna aquella persona constaba en el libro con perfecta claridad: se trataba de Theo Osborne, con domicilio en Ellis Street, en el centro del San Francisco comercial. Ese tenía que ser el hombre del mechón blanco. Will suspiró hondamente.

Ya lo tenía.

Por unos instantes se sintió absurdamente feliz como si aquello

significara la culminación de una larga y difícil etapa.

Fue a Ellis Street.

En las cercanías estaban situados unos cuantos hoteles respetables y otros cuantos que de respetables no tenían nada, pero cuya clientela no fallaba nunca.

Pero Will no se fijó especialmente en eso, sino en los coches estacionados en las cercanías. Debía partir de la base de que quizá la casa estaba vigilada y de que cualquier intruso sería rápidamente enviado al Valle de Josarat.

Ese intruso era él.

Se movió pegado a las fachadas.

Casas no muy altas.

Tranquilas.

San Francisco no es una ciudad tumultuaria, sino una ciudad-jardín hecha a la medida del hombre. Tiendas apacibles y más bien pequeñas, calles sin exceso de tráfico, casas desde cuyas ventanas aún acecha algún gato que no ha sido muerto por la polución, como en otros lugares de Estados Unidos. Una de esas casas correspondía a la vivienda de Theo Osborne.

Will se coló dentro.

Segundo piso.

Puerta cerrada.

Ganzúa para qué te quiero.

Adentro.

«La madre que los parió a todos. Esto huele a muerto»...

El caritativo pensamiento había asaltado a Will apenas puso los pies en el umbral, porque, en efecto, una atmósfera densa y casi repulsiva salió a su encuentro. Su fino olfato le indicó que aquel *aroma* venía de la cocina, una pequeña pieza que estaba contigua a un lavabo por cuyas paredes se paseaban las moscas.

Eran unas moscas gordas y grasientas, tan brillantes como si llevaran fósforo dentro.

Will sintió una náusea.

Pero aguantó. Un tío que ha tenido que desprenderse de sus últimos veinte dólares, aguanta lo que sea.

Penetró en la cocina.

Y entonces lo vio.

El mechón blanco en la cabeza cuyo pelo era enteramente negro.

Un detalle difícil de olvidar.

Sobre todo por una cosa.

Porque la cabeza estaba separada del tronco.

El cuerpo yacía sobre una mesa. El enorme cuchillo con que le habían decapitado yacía junto a él. La hoja de acero estaba llena de moscas.

Will sintió que se le contraía el estómago.

Cerró la puerta.

Y entonces sintió aquel frío contacto en el cuello. Se dio cuenta de que la hoja de acero iba a penetrar en él.

Vio la sonrisa torcida.

Vio aquella boca que parecía un bloque metálico.

Vio las gafas negras.

La calva del tío que se parecía a Kojac.

La punta del cuchillo fue a trazar un breve círculo que terminaba en su yugular.

Y una voz sorda, lenta, dijo cariñosamente:

—Revienta...

Capítulo X

QUE REVIENTE TU PADRE, SI ES QUE LO HAS CONOCIDO

Los pensamientos de Will fueron como chispazos y duraron apenas unas décimas de segundo, un tiempo infinitesimal, un parpadeo. Se dio cuenta de que aquel tipo era uno de los autores de la carnicería de Massacre Hill y de que ahora iba a terminar con él.

Todo su cuerpo se contorsionó.

El cuchillo que hubiera debido rebanarle el cuello le produjo apenas una línea de sangre en él, tan violento y tan inesperado fue el movimiento de Will. Al propio tiempo disparó hacia atrás su codo derecho, clavándolo en el estómago de su enemigo.

Este no esperaba aquello. De pronto sintió un vivísimo dolor, como si le hubieran hundido el diafragma. Pese a que era un profesional de primera, tuvo un instante de vacilación.

Pero fue suficiente. Porque en ese breve instante, Will le obsequió con tres caricias *made in USA*.

La primera fue un terrible puntapié al bajo vientre.

La segunda, al volverse su enemigo, fue un fulminante rodillazo en los riñones.

La tercera consistió en un salto llevando los dos pies por delante, pies que clavó en la cara del tipo de las gafas negras.

Las gafas saltaron en pedazos.

Y entonces vio Will una serie de cosas, como por ejemplo el ojo que consistía en realidad en una bola de acero.

Vio la boca crispada en una mueca de espantoso dolor.

Vio también la cara de mala baba que tenía aquel buitre.

Uniendo las dos manos en forma de bola, las descargó rabiosamente contra la nuca del asesino. Este cayó hecho un fardo mientras por entre sus labios escapaba un chorro de sangre.

Pero Will no pudo entretenerse en mirarlo. Inmediatamente vio aparecer detrás al fulano vestido de negro que llevaba una metralleta.

La metralleta ostentaba un largo tubo acoplado al cañón, lo cual demostró a Will que aquello no iba a hacer más ruido que el silbido de una serpiente. Saltó de costado, velozmente.

Se encontró dando vueltas por la cocina.

Con el riesgo de que se le desplomara encima la cabeza del muerto.

Pero eso no era tan malo, después de todo como encontrarse en el camino de la ráfaga, porque esta, tras una serie de insignificantes taponazos, se llevó por delante una mesa, media docena de sillas, los cristales, los cuadros... La puerta de la cocina fue también arrancada de

golpe por el impacto brutal de las balas.

Will jamás llevaba armas porque ya había tenido excesivos conflictos con la policía a causa de ellas. Disparaba demasiado bien y tenía el gatillo demasiado fácil.

Chocó contra la pared.

Se daba cuenta de que solo le quedaban unos segundos de vida, unos segundos infinitesimales durante los cuales no tendría tiempo ni de gritar. El hombre de la metralleta ya estaba allí.

El detective solo tenía un arma: el cuchillo con el que la cabeza de Osborne había sido separada del tronco. El siniestro cuchillo cargado de sangre y de moscas.

Lo tomó entre sus dedos.

Las moscas seguían pegadas a él. Eran igual que asquerosas manchas. Al coagularse la sangre, habían quedado prisioneras por sus patas en aquella masa viscosa.

Will lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas.

Le habían enseñado a hacer eso. Había aprendido la técnica en las calles más siniestras de San Francisco: Los Ángeles, donde la vida y la muerte están separadas a veces tan solo por un filo de acero. Su lanzamiento fue certero, implacable, y además hubo en él una especie de viscoso horror.

El hombre de la metralleta llegó a ver lo que se le venía encima.

Su boca se abrió.

Pero no pudo ni lanzar un grito.

En su boca hubo miedo.

Aturdimiento.

Asco...

El cuchillo se le hundió hasta el fondo del corazón, con las moscas todavía clavadas en él. El gorgoteo que se oyó fue auténticamente angustiioso. La metralleta volvió a disparar, pero ahora las balas se hundieron en el techo y quedaron marcadas en él.

Will se puso en pie. Aún no podía creer que estuviera vivo. Saltó hacia la otra habitación y trató de saltar también contra el pajarraco de las gafas negras, con el caritativo propósito de darle masaje en el cuello y romperselo por tres sitios distintos a ver si le volvía la cabeza del otro lado. Pero se detuvo lleno de estupor porque el fulano al que pensaba dejar seco ya no estaba allí. Se había evaporado.

El detective lanzó una salvaje maldición.

Fue hacia la puerta.

Casi saltó los peldaños de cinco en cinco.

Pero, antes de llegar abajo, clavó el pie en un sitio que no sabía exactamente cuál era. Oyó un grito de dolor e, inmediatamente, el rumor sordo de un cuerpo que caía.

Verdaderamente, él también cayó. Los dos rodaron casi abrazados. Cuando estaban en el vestíbulo del edificio, alzaron las cabezas a un tiempo y se miraron a los ojos.

Sheridan masculló:

—Maldito hijo de perra...

—¿Por qué? —preguntó mansamente Will.

—Podías mirar dónde metes los pies.

El agente del servicio secreto por poco le lleva las manos al cuello. No para abrazarle, sino para partirle el espinazo por el sitio más doloroso. Menos mal que otro hombre que llegaba en aquel momento le sujetó. Los dos que habían rodado escaleras abajo se pusieron en pie mientras lanzaban una serie de maldiciones en voz ahogada.

Will barboto al fin:

—¿Cómo conocía esta dirección, Sheridan?

—¿Y tú?

—Yo se lo puedo explicar. Ha sido una serie de deducciones lógicas.

Y le contó lo que había hecho, especialmente su gestión en la oficina de correos del distrito. Mientras hablaban, Sheridan le empujó arriba sin demasiadas contemplaciones. Otros dos hombres del servicio secreto venían con él.

—De modo que este es el hombre al que fue devuelta la carta... —farfulló Sheridan.

—¿No lo sabía?

—No.

—Pues entonces, ¿cómo ha conocido esta dirección?

Sheridan le miró fijamente.

Estaban en el vestíbulo del apartamento y les envolvía ya aquel denso olor, aunque todavía no se había hecho insoportable.

Sheridan masculló:

—Con un perro rabioso como tú más vale hablar claro, Will.

—Pues hágalo.

—¿Me dejas ver a Osborne?

—¿Por qué no? Véalo.

La cabeza ofrecía un espectáculo casi insoportable, pero no despertó la menor emoción en aquel jefe del servicio secreto más poderoso del mundo. Echó un vistazo al tipo que tenía el cuchillo clavado hasta el fondo del corazón y gruñó:

—Vaya... Es una bonita sorpresa.

—¿Lo conocía?

—No lo había visto nunca, pero esa chica llamada Yolanda Winter, la única superviviente de la masacre, me lo describió. Fue uno de los que cometieron aquella cochina serie de asesinatos,

—Pues entonces celebro haberlo apiolado. Le he dado en el centro del

corazón, pero lo mismo hubiera sido darle en el dedo meñique. Si hubiese visto cuánta pringue tenía esa hoja de acero... De tétanos para arriba, lo hubiese pillado todo con solo una rozadura.

Las facciones de Sheridan se habían vuelto grises. Mientras sus hombres husmeaban por todas partes, él se dejó caer en una de las sillas que aún estaban en pie y miró al vacío como si estuviera delante de un fantasma. Entrelazando los dedos murmuró:

—No me digas que el otro se parecía a Kojac.

—Pues sí... Se parecía.

—Has tenido delante a los dos asesinos de Massacre Hill, maldito detective. Lo que nadie en San Francisco ha conseguido aún, lo acabas de conseguir tú, aunque eso sirve de bien poca cosa. Pero al menos uno de ellos ha reventado con música y todo.

Will estaba dejando que el agua del lavabo resbalara por entre sus dedos que aún parecían desprender el olor del cuchillo. Sin volverse, preguntó:

—¿Va a hablar claro, Sheridan? ¿Qué tenía que ver Osborne con todo esto?

—Osborne era un sucio traidor —dijo Sheridan secamente

—El mundo está lleno de sucios traidores —gruñó Will mientras buscaba una toalla y se volvía poco a poco—. ¿Pero cuál era la especialidad de ese?

—Consiguió una fórmula —dijo Sheridan, sin mirarle.

—¿Qué fórmula? ¿La del whisky Chivas 12 años?

—Algo mucho más complicado que el whisky. Supongo que has oído hablar del rayo Láser.

—Pues claro... Como todo el mundo. La luz que mata todas esas cosas. Un arma terrible y definitiva.

Will sentía un sudor frío al pensar en eso, porque para él lo del rayo Láser no era una utopía, una entelequia... sino algo muy real y que además ya había costado chorros de sangre.

La voz opaca de Sheridan lo convirtió en algo más real todavía al musitar:

—Por descontado que el Láser se usa en mil aplicaciones, desde las más pacíficas, como en Medicina, a las más crueles, como las nuevas armas que podrían utilizarse casi desde la altura de la Luna. Por descontado también, que Estados Unidos disponen de algunas de esas armas y guardan sus planos en el más absoluto de los secretos. Solo unas cinco o seis personas en este país, aparte del presidente, pueden saber el sitio donde esos planos se encuentran.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Osborne, que era un doble agente, se hizo con ellos y trató de venderlos. Supongo que acudía a la cita con el agente que había de

comprarlos cuando le ocurrió la cosa más normal del mundo, puesto que se repite docenas de veces al día en las grandes ciudades pero con la que él no contaba de ningún modo. Le birlaron la cartera en que llevaba esos documentos. He hecho algunas averiguaciones sobre ellos y sé que abultan poco más que un librito de papel de fumar, por lo que podía ocultarlos entre los billetes. Miriam Clay la chica que se la birló, encontró refugio en aquella residencia de estudiantes de Massacre Hill, olvidó llevársela y los chicos devolvieron la cartera a Osborne por correo certificado. No me queda duda de que él la recibió.

—Lo cual significa que era como si hubiese recibido unos cuantos millones de dólares, ¿verdad? Porque supongo que ese sería el precio de esos documentos.

—Sí, claro —musitó pensativamente Sheridan.

—Pues entonces, si estaba ya en disposición de entregar esos documentos y cobrar, ¿por qué lo han matado? ¿Y por qué aquella sangrienta fiesta de Massacre Hill?

—Supongo que por una sola razón —siguió diciendo, pensativamente, Sheridan.

—¿Cuál?

—Los agentes que iban a comprarle ese secreto, los agentes de un país que ignoro, pensaron sin duda que les había engañado. Que, por medio de aquella chica, había hecho llegar los documentos a la residencia de estudiantes de Massacre Hill, donde le esperaba el agente de otro país dispuesto a pagarle bastante más. Ese agente podía ser cualquiera: un estudiante, una chica que apenas acabara de salir de la pubertad... Cualquiera de ellos podía tener ese documento, pues los hombres que habían cerrado el trato con Osborne no tenían la menor idea de la sencilla verdad. En consecuencia hicieron una auténtica masacre para eliminar con seguridad al agente que había recibido los planos. También eliminaron a Osborne por la traición que pensaron que había cometido. E intentaron matar a Miriam porque pensaron que era un enlace que había intervenido en aquella traición.

La voz del agente secreto era opaca, sorda, inexpresiva, cuando terminó aquellas explicaciones. Todavía hundido en aquella silla, añadió:

—Ahora la única que corre peligro es Miriam. Tratarán de matarla.

Will chascó dos dedos.

—No es que me importe demasiado —dijo—, pero ¿dónde pueden estar ahora esos documentos que ya han costado tanta sangre?

Sheridan se encogió de hombros.

—Tampoco yo lo sé —dijo—, e incluso pueden habérselos llevado esos tipos antes de ahora. Claro que si están aquí los encontraremos. Por descontado que sí...

E hizo una seña a sus hombres.

Estos se pusieron a revolver muebles, pero sin hacer demasiado ruido. Will hizo crujir sus nudillos y salió de allí.

Otra vez andaba por la calle como un drogado o como un borracho. Otra vez le parecía que la ciudad entera daba vueltas en torno suyo.

Se metió casi de cabeza en un taxi y pidió que le condujera a su apartamento, donde ahora estaban Miriam Clay y Linda Goerst. La verdad era que no tenía demasiada prisa por llegar allí, pero pronto le sobrarían motivos para cambiar de opinión.

Unos motivos tan grandes como un ataúd de lujo...

Capítulo XI

BILLETE PARA EL INFIERNO

El taxi le dejó muy cerca del apartamento, pero en el último instante Will no se decidió a subir. Hubiera tenido que explicar a las muchachas tantas cosas que no sabía por dónde empezar. En consecuencia, decidió ir antes al viejo despacho que tenía alquilado y atizarse un par de tragos mientras ordenaba sus pensamientos.

Subió a él.

En las calles ya se habían encendido las farolas eléctricas. Por debajo de la ventana, pese a estar en una calle tranquila, desfilaba en aquel momento un río de coches. San Francisco vivía su mejor hora, pero también, al mismo tiempo, su hora más misteriosa, más inquietante, esa hora en que cualquier cosa puede suceder.

Acarició la culata del rifle que seguía colocado en la ventana, aunque el cañón con el silenciador apenas sobresalía. Tomó los prismáticos para ver el rectángulo iluminado que correspondía a la habitación en que estaban las dos mujeres.

Y de pronto lanzó un aullido.

Porque lo que estaba viendo le hizo estremecer de horror.

Linda Goerst se hallaba en el suelo, al parecer sin sentido, mientras que Miriam se hallaba materialmente acorralada contra una de las paredes. Dos hombres que le impedían toda salida, se disponían a liquidarla con sus pistolas.

Will sintió que los prismáticos resbalaban de entre sus dedos. Con una velocidad frenética, una velocidad que hubiera envidiado un tirador olímpico, se pegó al rifle. La mira telescópica enfocó la cabeza de uno de aquellos hombres.

Todo fue instantáneo.

Will dijo suavemente:

—Buen viaje al infierno.

Y apretó el gatillo.

Pero no sintió ningún retroceso ni oyó ningún taponazo, por la sencilla razón de que de su rifle no había surgido ninguna bala. La punta del percutor no había llegado al cartucho... ¡porque el percutor no existía!

¡Alguien lo había desmontado!

¡Will estaba tan desarmado como una rata!

Lanzando un grito de rabia, se volvió porque comprendió que el hombre que había hecho aquello aún tenía que estar allí. Y, en efecto, estaba. Fue la velocísima pirueta de Will —una pirueta que se produjo además en la dirección más inesperada—, lo que le salvó la vida.

La bala disparada con silenciador se embotó en el marco de la ventana, a medio dedo de su cabeza. El tipo que estaba en el centro de la habitación gruñó algo ininteligible mientras apuntaba otra vez.

No tuvo tiempo.

Otra vez aquello volvió a ser como una película diabólica.

Will lo tenía tan cerca que pudo disparar su pierna derecha y propinarle un plantillazo en el vientre, haciéndolo saltar hacia atrás. La segunda bala se perdió en la ventana.

El salto que Will dio a continuación desde el suelo lo hubiera envidiado un puma. Se precipitó a los pies, de su enemigo mientras este trataba de bajar el revólver hacia aquella especie de serpiente que se le enroscaba como si tuviera ventosas. Pero cuando bajó el arma, aquel hombre estaba dando ya una verdadera vuelta sobre sí mismo.

Su cabeza chocó contra la pared.

Se oyó un nuevo taponazo.

Aquel tipo había logrado disparar, aunque sin ver apenas a Will. De pronto notó que una especie de fuerza inhumana le empujaba hacia la otra ventana de la habitación, la que estaba en la pared frontera a la calle. Era una ventana más pequeña y que daba a un oscuro patio interior.

El revólver saltó, porque aquel hombre necesitaba tener las manos libres. Intentó sujetarse a los costados de aquella ventana, mientras chillaba frenéticamente. En la soledad de aquel edificio comercial donde ya todos los despachos estaban desocupados, nadie le oyó.

Will tenía la fuerza de un auténtico coloso, y más en este momento, cuando le dominaba el odio porque pensaba que Miriam ya debía estar muerta. Sujetó a su enemigo por una pierna y por el cuello de la americana y lo levantó a plomo.

El chillido se repitió.

El bulto cayó desde cinco pisos.

Se produjo un siniestro *bloom*.

Luego, nada.

Excepto el cuerpo destrozado.

Excepto la sangre que lo salpicaba todo.

Will volvió sobre sus pasos. Estaba lívido, porque sabía que la muerte no solo flotaba allí, sino también al otro lado de la calle, en la habitación donde las dos mujeres habían estado escondidas y donde ahora habrían encontrado su propio ataúd.

Sujetó febrilmente el revólver con silenciador que el otro había tenido que lanzar al suelo, y un segundo después estaba ante la ventana que daba a la calle. No necesitó los prismáticos para ver la escena.

Y entonces comprendió por qué Miriam Clay no estaba muerta aún, pese a que unos segundos antes dos hombres ya la estaban apuntando a la nuca y habían tenido tiempo más que suficiente para disparar. La razón

era que no podían exponerse a hacer demasiado ruido, y en aquel momento estaban terminando de ajustar los silenciadores a sus armas. Miriam seguía apoyada en la pared, de espaldas a ellos, indefensa, esperando el balazo.

Will se dio cuenta de que todo volvía a depender de un parpadeo. Si su pulso vacilaba, si él llegaba a fallar una sola bala, todo se iba al infierno.

Sujetó el arma con las dos manos.

Apuntó con todos los músculos en tensión, sin respirar, con los ojos espantosamente fijos, centrando en el punto de mira la cabeza de uno de aquellos hombres...

El tiro era difícilísimo a causa de la gran distancia, pues la calle era ancha, pero además, si Will lograba eliminar al primero de los asesinos, tenía que dar un rapidísimo giro al arma y enfocar inmediatamente al segundo. Matando a uno solo, no conseguiría nada.

Vio cómo ambos tendían las manos de nuevo, con los silenciadores ya puestos. La muchacha continuaba inmóvil.

El índice de Will se movió sin que hubiera la más leve vibración en sus dos manos unidas.

¡Baaaaang!

Curiosamente la bala produjo un ladrido, pues el silenciador había funcionado mal, pero aquello no llamó la atención entre los mil ruidos de la calle. El cristal de la ventana tras la que se encontraba Miriam, saltó convertido en mil pedazos.

Pero no solo el cristal se rompió.

También en la cabeza del pistolero que estaba más cerca se deshizo algo. Un orificio rojo apareció en su sien. La pistola que estaba a punto de disparar, resbaló de entre sus dedos.

Will movió las dos manos con la precisión con que se mueve la palanca de una máquina. Giró unos pocos grados y apretó el gatillo dos veces más.

El otro pistolero estaba mirando, aturdido, hacia la ventana rota, pues no comprendía de dónde había venido aquel soplo de muerte. De repente le pareció que todo el aire que entraba desde la calle se volvía de un siniestro color rojo.

La primera bala solo le había rozado, pero la segunda le acababa de penetrar entre las dos cejas. Con un movimiento espasmódico logró disparar, apuntando todavía hacia la muchacha, y la bala le rozó el cuello. Miriam Clay se encogió con un espasmo de muerte.

Necesitó diez segundos largos, casi interminables, para darse cuenta de que no estaba muerta. Sus piernas vacilaron entonces a punto de resbalar al suelo.

Continuaba aun así, como una sonámbula, como si realmente estuviese muerta, cuando Will atravesó la calle y se coló como una sombra en el edificio en el que tenía su apartamento. Penetró en él para encontrarse con

un cuadro macabro.

Dos hombres convertidos en respetables difuntos. Miriam Clay a punto de caer desplomada. Y Linda Goerst, la mujer que debió haberla protegido, derribada en el suelo, sin sentido, y con los ojos ya casi vidriosos. Todo un espectáculo, toda una comedia maldita como para no olvidarla jamás.

Y sin embargo, aquello era aún mucho mejor de lo que imaginó unos minutos antes, cuando estaba seguro de que Miriam había muerto. Ahora, al menos, la muchacha seguía viva, aunque estaba al borde de su derrumbamiento total.

Miró, con ojos desenchajados, al detective.

Y solo tuvo fuerza para decir:

—Will...

Cayó en sus brazos. Fue un gesto instintivo; fue algo que no meditó, un deseo que surgía del fondo de su corazón torturado. Apoyó su cabeza en el pecho poderoso del hombre, se abandonó a él, se hundió en sus brazos.

—Will...

No sabía pronunciar una palabra más, no sabía hablar, no sabía sentir. Completamente aturdida, ni siquiera se dio cuenta de que él la hacía sentar en una de las butacas.

El detective le preparó un trago y se lo dio a beber. Luego hizo lo mismo con Linda, pero esta estaba completamente aturdida. Ni siquiera así reaccionó.

—¿Qué ha pasado, Miriam?

—Sabían dónde estábamos. Se han presentado de... de improvisto.

—¿Habéis cometido alguna imprudencia? ¿Habéis salido de aquí?

—No. No hemos salido pa...para nada.

—¿Quién les ha abierto?

—Creíamos que traían unos comestibles que habíamos pedido por teléfono.

Will movió la cabeza pensativamente.

—¿Linda se ha dado cuenta de lo que pasaba? —musitó.

—Sí. Y ha intentado resistir, pero...

—Pero le han dado un buen porrazo, ¿no? El milagro es que no la hayan matado.

Y volvió a prestarle atención, porque aquella mujer que no era tan invencible como parecía, se estaba rehaciendo poco a poco. Will le dio a beber otro poco de licor y entonces ella empezó a toser.

—Calma. Ahora estás fuera de peligro... Respira...

Las palabras de Will eran alentadoras, suaves. La mujer se fue dando entonces cuenta de la verdadera situación. Completamente aturdida, con los ojos perdidos en una especie de bruma gris, miró todo aquello como si no acabase de creerlo.

Sobre todo parecía no concebir que Miriam Clay siguiera viva. Con una

voz que yo no parecía la de una mujer audaz, balbució:

—Pero si es imposible... Yo he visto que... que...

—No es necesario que me expliques nada —dijo el detective, mientras la ayudaba a ponerse en pie—. Lo he visto.

—¿Y cómo has podido intervenir? Tú estabas al otro lado de la calle...

—No olvides que tenía un rifle —dijo Will, sin querer dar demasiadas explicaciones.

Y entonces pudo darse cuenta de que Linda Goerst no era una aficionada. Mientras miraba a los muertos, ella susurró:

—Pero estos impactos no son de rifle, sino de arma corta.

—Se nota que tienes experiencia, Linda.

—Pero ¿por qué no has empleado el rifle?

—Es largo de contar —susurró él—, aunque ya te lo explicaré todo cuando tengamos más calma. Lo importante, ahora, es que este refugio no nos sirve. Y también hay algo importante que te afecta a ti, Linda: no debías haberte confiado tanto.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Se le notaba tan avergonzada, que Will casi se arrepintió de haber mencionado su fallo. Mientras le ponía una mano en el hombro, como si fuesen dos viejos compañeros, añadió:

—Yo también he tenido muchos excesos de confianza, ¿sabes?, pero las cosas que uno puede contar ya no tienen importancia. El caso es que todos estamos vivos y podemos buscar un nuevo refugio.

—¿Un nuevo escondite? ¿Pero cuál?

—Haré cualquier cosa antes que confiar a Miriam a los hombres del servicio secreto —dijo Will—. Serían capaces hasta de administrarle drogas para sacarle todo lo que sabe. Buscaré otro sitio y en paz. Supongo que tú podrás acompañarla, aunque solo sea durante otras veinticuatro horas.

—¿Sigues confiando en mí, incluso después de mi fallo?

—Ya te he dicho que cualquiera puede tenerlo.

Aconsejó a Miriam que se pusiera algo por encima y salieron los tres, dejándolo todo como estaba. De los muertos ya se ocuparía Will más tarde, aunque para eso tuviera que ponerse en contacto con Sheridan.

La verdad era que nunca Will se había visto entre dos chicas tan estupendas, pero eso le importaba poco, ahora. Es lo malo que tiene la vida: a uno siempre le vienen las mujeres cuando no puede aprovecharlas.

Un taxi les dejó, casi al azar, en el barrio marítimo, enfrente de la famosa prisión de Alcatraz, hace años ya clausurada para siempre. Las gaviotas volaban alocadas sobre la mole de roca, mientras en los restaurantes marineros sonaban voces y músicas.

Acodados en una de las barandas que miran a Alcatraz, teniendo a su espalda los coches que rodaban lentamente, miraron, como obsesionados, el vacío. Will tenía el cerebro en blanco, pese a que por él pasaba una tempestad de pensamientos.

Tenía que encontrar algún sitio adonde ir, pero ignoraba cuál. Sin la ayuda de Sheridan no podía acudir a ninguna parte, y la ayuda de Sheridan era lo único que no estaba dispuesto a pedir.

Linda susurró de pronto, cuando menos lo esperaban:

—Yo podría encontrar un refugio.

—¿Tú?

—No sé de qué te sorprendes. Estoy especializada en proteger personas.

—Pero eso te obligará a estar más tiempo metida en este asunto, Linda.

No sé si alguien tiene derecho a pedirte.

—No pienses más en eso. Por lo menos podréis ocultaros durante veinticuatro horas.

—¿En qué consiste ese escondite? —preguntó Will—. ¿En algún apartamento que tienes contratado a nombre de otra persona.

—Por supuesto que sí. Porque si lo tuviera a mi nombre lo descubrirían enseguida.

—¿Dónde está?

—Cerca de los Jardines Japoneses. Es un lugar pequeño, discreto, sin vecinos y sin ascensor. Lo tengo instalado de forma que un peldaño vibra cuando alguien lo pisa. Eso hace que se enciendan unas luces de alarma en la casa y que todos podamos estar advertidos. Lo he usado otras veces para proteger personas y puedo garantizaros que es un sitio seguro.

—Podíamos haber ido, al principio, allí —dijo Will.

—¿Y por qué? Tú habías elegido un sitio que te parecía bueno.

—Es cierto —dijo el detective, mordiéndose el labio inferior—, pero lo han descubierto. Puesto que hay que cambiar de ratonera, creo que lo que tú ofreces es bueno, Linda.

—De acuerdo. Vamos. Quizá no tengamos otra oportunidad.

Subieron a un taxi y se hicieron conducir a la apacible zona en que unos jardines japoneses recuerdan los recoletos rincones de Extremo Oriente. Los atravesaron dando un rodeo, para convencerse de que nadie les había seguido, y luego se introdujeron en el pequeño edificio de que les había hablado Linda. Will comprendió, con una sola ojeada, que era cierto todo lo que ella les había dicho.

El edificio no solo estaba aislado y con ventanas bien distribuidas que permitían vigilar los cuatro puntos cardinales, sino que la escalera era muy estrecha y solo permitía el paso de un hombre. Con una sola pistola cargada, resultaba facilísimo defenderse desde el piso superior.

Linda abrió, con cuidado, una puerta que tenía una sólida cerradura especial. Cuando la entrada estuvo franqueada, vieron un apartamento pequeño, pero cómodo, con dos habitaciones y una sala. Aparte de ello, tenía una minicocina y un cuarto de baño. Las ventanas daban a la calle, pero inmediatamente Will se dio cuenta de una cosa: los cristales eran inastillables y a prueba de balas.

—Esto significa —explicó Linda, como si hubiera adivinado su pensamiento—, que tenemos unas ciertas garantías para asomarnos. No conviene abrir jamás las ventanas, porque para eso funciona el aire acondicionado, pero podemos observar discretamente sin que nos claven una bala.

El detective examinó con atención profesional todos los detalles de aquella especie de nidito donde uno no buscaba el amor, sino que se protegía de la muerte.

La puerta estaba blindada por detrás, de modo que para derribarla necesitaban un *bazooka*. La cerradura era de triple resorte. Los marcos de las ventanas están empotrados en la pared mediante un sistema de atornillado especial y resultaba imposible desmontarlos desde fuera. En cuanto a los cristales, se necesitaba hacer mucho ruido para producir en ellos aunque fuese una fisura. El apartamento era como un tanque.

—Es un lugar excelente —elogió Will—. Reconozco que mucho mejor que el que tenáis.

—Os debí traer aquí desde el comienzo —musitó Linda pensativamente—. En fin, ya está hecho.

Y empezó a comprobar los aparatos de la cocina. Todos eran ultramodernos y no les faltaba un detalle. Como un hombre se extasía ante un último modelo de coche, cualquier mujer se hubiese quedado fascinada ante aquellas últimas maravillas de la técnica. Pero también la técnica tiene sus fallos, porque el lavaplatos no funcionaba.

Will se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, tampoco lo necesitamos.

—Te equivocas —opinó Linda—. Yo soy una mujer emancipada. Mi oficio es incompatible con eso de ponerme a lavar platos.

—Ya lo hará Miriam —dijo Will—. Le sobrará tiempo para ello.

—No hay ninguna necesidad de eso. Por lo menos, ya que hemos de estar aquí, vamos a instalarnos con comodidad. Voy a llamar a los fabricantes para que la arreglen o traigan otra.

Para el detective, eso no tenía la menor importancia. Se dedicó a comprobar todos los sistemas de seguridad mientras ella telefoneaba, y al cabo de un largo rato se convenció, una vez más de que aquello era una especie de fortaleza. Linda Goerst hacía su trabajo bien.

Cuando terminó la inspección, sonó el timbre de la puerta. La propia Linda le hizo una seña para que estuviese atento.

—Van a traerme una máquina nueva —dijo en un cuchicheo—. Por lo que les he explicado por teléfono, han comprendido que no pueden arreglar la vieja aquí, y necesitan llevársela a la fábrica.

—¿Y qué?

—Muy sencillo, Will. Al menos la traerán dos hombres.

La cosa estaba clara. Podían ser dos tipos que vinieran a por ellos.

Cierto que la situación parecía muy improbable, pero tal como estaban las cosas, uno no se podía fiar.

Los dedos del detective rozaron la culata del revólver con silenciador que aún conservaba. En efecto, vio que eran no dos hombres, sino tres, los que transportaban la enorme máquina. Al no existir ascensor en la casa, habían tenido que remontarla a fuerza de brazos y sudaban la gota gorda. Pese a ser tres auténticos forzudos, se notaba que no podían más.

Hicieron firmar a Linda un recibo. Luego sacaron de su emplazamiento la máquina antigua, pusieron en su lugar la nueva, y se marcharon. En ningún momento hicieron el menor gesto que obligara a sospechar a Will. Este sonrió.

—Bueno —dijo—, parece que esta vez hemos ido demasiado lejos en nuestros temores, Linda.

Y conectó la televisión. Era la hora en que los principales canales de la costa Oeste daban las noticias. Mientras encendía un cigarrillo, fijó sus ojos en la pantalla.

Y de pronto se estremeció.

Como se estremecieron todos.

El cigarrillo resbaló de entre sus labios y se extinguió sobre la alfombra.

Porque acababan de ver, en la pantalla, la cara de alguien a quien conocían bien.

La cara de una muchacha que había sido muy agradable.

La cara de una chica llamada Yolanda Winter.

Ni siquiera parecía la de una mujer.

Porque estaba destrozada.

Porque Yolanda Winter había sacado ya billete para el infierno.

Capítulo XII

DUERME PARA SIEMPRE, HERMANO

Will cruzó las manos bajo la nuca mientras se estiraba del todo en la cama, completamente vestido, sintiendo que el fondo de los ojos le dolía, como le dolía todo en el cerebro.

Aún le parecía ver aquel rostro desfigurado por la caída mientras resonaban en sus oídos las palabras del locutor, unas palabras que, incluso, al principio, le habían parecido carentes de sentido: «Yolanda Winter... Diecisiete años... Superviviente de los asesinatos de Massacre Hill... Se arrojó desde un sexto piso en un acceso de locura... A su edad una muerte del todo inexplicable...»

Sí. Aquellas palabras eran todavía una tortura, una pesadilla en la que no quería creer.

Las luces de los coches que pasaban por la calle se reflejaban unos instantes en el techo, dibujaban extrañas imágenes y desaparecían para siempre. Los ojos febriles de Will las seguían en el espacio como si fueran seres vivos. Luego volvía a sentir aquel agobio, aquella soledad, aquella oscura sensación de muerte.

Desde que oyó aquella noticia, el tiempo no existía. No sabía las horas que habían transcurrido, no sabía nada. El tiempo era para él una cosa que no tenía sentido alguno.

Imaginó cómo estaría Sheridan, después de aquello. El único testigo con el que podía contar, aparte Miriam Clay, acababa de emprender el Gran Viaje, acababa de irse para siempre.

¿Pero realmente había ocurrido eso con Yolanda Winter?

¿Había muerto así?

¿O alguien la había ayudado?

Will seguía con las manos cruzadas bajo la nuca.

Seguía con la sensación de que ya no existía el tiempo.

El revólver con silenciador estaba muy cerca, tanto, que le bastaba tender la mano para notar su tranquilizador contacto. Pero aun así no se sentía seguro porque en determinados momentos le dominaba la sensación de estar luchando contra el propio diablo.

Quizá llevaba una hora en aquella posición, porque le dolían los músculos, pero no se había dado cuenta. Al fin se levantó y lo revisó todo, punto por punto, a fin de que no fallase nada. Hasta el leve ruido de los coches que pasaban por la calle le parecía sospechoso.

La puerta estaba cerrada y asegurada por dentro. Ni el diablo hubiera podido entrar. Las ventanas de cristales blindados también eran de lo más seguro que existía. Dentro de la casa no se oía ni un suspiro.

Las dos mujeres dormían plácidamente. Miriam estaba relajada, después de la tensión pasada, porque podía estar segura de que ningún peligro la amenazaba allí. En cuanto a la detective, también dormía con una tranquilidad absoluta.

Al menos, Miriam estaba bien segura allí. Ningún mal podía amenazarla. Esta vez nada podrían contra ella las fuerzas del infierno.

El detective echó un vistazo a la gran nevera, al enorme lavaplatos acabado de traer, a la cocina silenciosa... Todo perfecto. Un enorme cansancio se apoderó entonces de él, ese cansancio de los que, al fin, dejan de estar tensos, de los que comprenden que están seguros por un tiempo.

Volvió a la cama.

Silencio.

Los coches que pasan de tarde en tarde.

La soledad...

Y, de pronto, aquel roce inexplicable.

De pronto, el infierno otra vez...

De pronto, el contacto de la muerte.

* * *

Fue la luz de uno de los coches que pasaban por la calle la que se lo descubrió, porque, de lo contrario. Will no lo hubiera descubierto nunca a pesar del levísimo ruido que se produjo. Las luces de los faros que resbalaban por el techo proyectaron fugazmente la sombra de la pantalla, la de una silla, la del borde de la cama, la... ¡la de un hombre!

¿Pero era un hombre aquello?

¿O era una especie de simio?

Will no tuvo tiempo para pensar. Sus músculos reaccionaron automáticamente, sin que su cerebro no se lo ordenara. Su salto fue el salto de un animal salvaje.

La bala disparada con silenciador destrozó la cabecera de la cama.

Allí habían estado las cejas de Will, un par de segundos antes. La pared quedó hendida. En el silencio de la habitación se produjo un brusco chasquido.

Aquella especie de simio que estaba dentro de la habitación se movió.

La pistola con silenciador disparó otra vez, pero ahora hacia la nada.

Will se había revuelto con la velocidad de una serpiente, aunque su cerebro era un caos ¿De dónde había salido aquella especie de enano? ¿Cómo había entrado en un apartamento tan seguro como un bunker? ¿Contra quién estaba luchando?

Una brutal sensación de impotencia, una sensación de que estaba chocando con las fuerzas del más allá se adueñó de Will, aunque eso no le impidió moverse con una rapidez de pesadilla. Dio dos vueltas sobre sí

mismo en la alfombra, y sus dedos aferraron la culata de la pistola.

Otros faros iluminaron fugazmente la habitación.

Vio, otra vez, la sombra de la pantalla, la sombra de una mesa, la sombra de...

¡Flaaaap!

Aquella especie de taponazo que acababa de brotar del cañón, rompió de nuevo el silencio. Will vio que el simio con apariencia humana daba un terrible salto, proyectándose contra la pared. Desde allí intentó apuntar de nuevo.

¡Flap!

Esta vez el chasquido fue más corto. Pareció el sonido de una flecha cuando se clava en el blanco. La pequeña figura que estaba al otro lado de la habitación se convulsionó brutalmente.

Pareció quedar clavada en la pared.

Will encendió, entonces, la luz, mientras su derecha temblaba todavía. Pocas veces había sentido una tal sensación de impotencia.

El hombrecillo había sido alcanzado de lleno por dos veces: una en el corazón y otra en el cuello.

Porque eso era: un hombrecillo.

Will lo miró, como un alucinado, a la luz de la lámpara que acababa de encender.

El tipejo medía apenas un metro diez, pero era robusto y ancho. A pesar de estar muerto, su cara de mala baba impresionaba. Cuando se movía por el mundo de los vivos debió ser un tipo temible, feroz, implacable.

Una puerta se había abierto a espaldas de Will. Las dos mujeres, despiertas a causa del ruido, le miraban obsesionadas. Will no se fijó en la perfección de sus curvas. Jamás dos mujeres tan preciosas le habían importado tan poco.

Fue la detective la que bisbiseó:

—Pero... pero, ¡si es imposible!

—Tiene una explicación —dijo Will, con voz metálica.

—¿Qué explicación?

—La máquina nueva.

—Pero... ¿pero tú quieres decir que?...

—Sí. Esa especie de microbio cabía dentro. Es el asesino más pequeño que he visto. Lo hicieron entrar con la máquina. Seguro. Tenía que esperar a que estuviéramos dormidos para apiolarnos uno tras otro.

—¿Pero y si llegamos a hacer funcionar la máquina? —preguntó Miriam, con voz asombrada.

—No hubiera funcionado. Sencillamente esto. Y si alguno de nosotros llega a alzar la tapa para meter las narices, una bala entre las cejas hubiera sido su premio.

Miriam se cubrió los ojos con las manos.

Parecía completamente aterrada, completamente fuera de sí. En cuanto a Linda Goerst, estaba hundida en sus pensamientos.

Pero fue ella la que dijo al fin:

—Eso significa que están sobre nosotros.

—Sí. Miriam es la única testigo que queda; la única que pudo ver aquellos documentos o, al menos, conocer su existencia. Están dispuestos a acabar con ella, cueste lo que cueste, y para eso acabarán también con nosotros dos.

—¿Qué vamos a hacer, ahora? No podemos dejar ese cadáver aquí...

—Llamaré a Sheridan —decidió Will.

—¿Ahora?,

—Ahora. No conviene esperar ni un minuto más.

El detective descolgó el teléfono, pero de pronto sus facciones se crisparon. La mano que sostenía el auricular lo dejó caer lentamente.

Las dos mujeres le miraban con una extrema palidez. Fue Miriam la que preguntó:

—¿Qué pasa?

—Sencillamente, que han cortado la línea desde el exterior.

—¿Eso significa que estamos incomunicados, Will? ¿Que nos han acorralado?

—Sí. Eso significa que nuestros enemigos tienen más cartas de las que imaginábamos al principio y las están jugando todas. Pero no me voy a quedar aquí esperando que me ataquen de nuevo. Si han cortado la línea hace poco, es muy posible que los que lo han hecho estén todavía aquí.

Y se movió. No hizo ninguna pregunta más. Fue hacia la puerta exterior y la abrió de golpe, convencido de que era mejor sorprender, que ser sorprendido. Sus enemigos no imaginarían que aún estaba vivo y quedarían paralizados de asombro al verle aparecer. Quizá era la última oportunidad que Will iba a tener. La última...

Se enfrentó, de repente, a la oscuridad del descansillo de la muerte.

Se enfrentó al vacío.

A la nada.

Una «nada» muy especial, porque de ella brotaron bruscamente los lengüetazos de la muerte.

Capítulo XIII

PUES SÍ... HAY MIRADAS QUE MATAN

Will debió el seguir viviendo a una sola cosa: a que tenía la agilidad de un reptil y además estaba preparado para lo peor. En el mismo instante de abrir la puerta ya se estaba lanzando a tierra y saliendo del posible camino de las balas.

Los plomos pasaron por el hueco que en décimas de segundo había dejado su cuerpo. Will, desde el suelo, disparó también.

Algo se movió en la penumbra.

Algo oscuro, viscoso, enorme.

El hombre que estaba acechando allí era un gigante, pero Will no pudo verlo con claridad hasta unos segundos más tarde.

Era el tipo que se parecía a Kojac.

Uno de los asesinos de Massacre Hill.

¡Era un enviado del infierno que había venido a hacerle una visita!

Los dos dispararon frenéticamente de nuevo, pero ahora, fallada la sorpresa, la situación era favorable a Will por una razón: él estaba en tierra, mientras que el otro estaba en pie, ofreciendo un blanco casi perfecto.

Y Will no lo falló.

Una bala... Dos...

Vio estremecerse aquel corpachón.

Vio saltar las gafas, al llevárselas por delante uno de los impactos.

Pat Sorrento, el hombre al que le faltaba un ojo, chocó contra la barandilla, pero esta resistió. Giró entonces bruscamente mientras intentaba apuntar de nuevo.

Ya no pudo ver a Will, porque este acababa de cambiar de posición. La bala se hundió en una de las jambas de la puerta mientras todo el corpachón de Pat Sorrento caía escaleras abajo.

Will descendió tras él.

Confiaba en cazarle todavía vivo. Quería obligarle a hablar.

Una luz mortecina de la planta baja le permitía ver con cierta claridad el rostro de Pat Sorrento, aquel rostro que ninguna de sus víctimas había tenido tiempo de ver. Se dio cuenta de que, sin las gafas negras y sin el sombrero, mostrando la calva y el ojo que en realidad era una bola metálica, tenía un aspecto de monstruo escapado de alguna película de pesadilla. Pero se dio cuenta también de algo más.

Algo que le hizo detenerse.

Algo que le hizo gritar de horror.

—¡Cuidado las dos! ¡Atrás!

Era una advertencia hecha a las mujeres que acababan de salir al descansillo, pero algo le dijo que no iba a llegar a tiempo. La trampa más diabólica que había visto nunca se estaba poniendo en marcha. El horror venía hacia él.

Pat Sorrento... ¡se estaba arrancando el ojo falso!

¡Se estaba quitando, de la órbita, la bola metálica!

Al caer, había perdido su pistola y estaba desarmado pero solo en apariencia. Tenía en sus manos el arma más diabólica que Will pudo imaginar.

¡Era una carga explosiva!

Will se proyectó sobre la barandilla.

La rompió con su terrible empuje. Dio una vuelta de campana en el aire. Se estrelló aparatosamente contra una de las paredes.

Pero fue esa movilidad la que le salvó, pues la carga explosiva era de terrible potencia, a pesar del pequeño tamaño de la bola que la cubría. Mínimas partículas de metralla saltaron en todas direcciones. Las escaleras quedaron destrozadas, aunque ninguna de las dos mujeres sufrió daños.

Pat Sorrento intentó levantarse.

Ahora era una especie de robot alucinado, que quería llegar a la puerta. Su órbita vacía era, en el rostro, un agujero monstruoso, pero mucho más monstruoso fue el que se le marcó apenas dos segundos después.

El plomo le entró por una sien y le salió por la otra.

El corpachón se derrumbó estruendosamente, cerca de la entrada.

Por todas partes sonaban gritos, portazos, llamadas....

La calle entera estaba conmocionada a causa de la explosión. Will comprendió que la policía iba a llegar de un momento a otro sin necesidad de que él la llamase. Fue eso lo que mejor comprendió: sin necesidad de que la llamase. Sin necesidad de que la llamase...

La idea daba vueltas en su cerebro. Le obsesionaba, le torturaba. La idea vibraba entre sus pensamientos como la lengua venenosa de una serpiente.

Volvió la cabeza.

Porque ahora LO SABIA.

Porque ahora el maldito pensamiento estaba en él.

Sus ojos rodaron por el vacío.

Hasta posarse en la cara de Linda Goerst.

En el rostro precioso de aquella mujer.

En las facciones de una muchacha llamada Linda Goerst que no se llamaba Linda Goerst. Y a partir de aquí todo explotaba, todo cambiaba.

Capítulo XIV

LAS OSCURAS RAÍCES

Ella notó aquella mirada. Se dio cuenta de que palpitaba algo extraño en los ojos de Will. Y con una risita que quería ser natural, pero que ocultaba su nerviosismo, murmuró:

—Te has librado de la tumba por el espesor de un cabello, Will. Todo estaba preparado.

—Cierto —dijo él, con voz opaca—, todo estaba preparado.

—Lo dices como si... como si supieras quién lo ha hecho.

—Lo sé, muñeca.

—¿Quién?

—Tú.

La palabra partió como un disparo, como un trallazo. La hermosa mujer echó un poco el cuerpo para atrás. Sus ojos llamearon.

—Te has vuelto loco —susurró—. Yo soy Linda Goerst y me dedico a proteger personas. No lo planeo todo para que mueran, sino para que vivan.

—Cierto, pero hay un pequeño detalle que no mencionas. Linda Goerst no es tu verdadero nombre.

—¿Qué dices? ¿Estás borracho? Tú fuiste a mi despacho a buscarme

—Y te encontré en la escalera, antes, incluso, de llegar al puesto del conserje, quien no te hubiera conocido. Preparaste allí una perfecta escena con un cómplice a quien dejaste hecho un guiñapo en diez segundos, todo ello para convencerme de que eras una mujer de primera clase, una especialista en protecciones en la que se podía confiar. La persona que me dijo que buscara a alguien para defender a Miriam sabía que yo acudiría allí, porque, para convivir día y noche con una mujer, hacía falta otra mujer, no un hombre.

Hizo una breve pausa mientras ascendía un par de peldaños. Los ojos de la mujer estaban fijos, casi diabólicamente fijos en él. Luego Will continuó:

—Ni siquiera llegué a sospechar que aquel K.O. que recibiste cuando iban a matar a Miriam en mi casa, estaba perfectamente preparado, como estaba perfectamente preparada mi muerte en el despacho que había alquilado al otro lado de la calle. Solo un milagro frustró vuestros planes, pero la verdad fue que entonces no llegué a sospechar. No he sospechado hasta ahora, cuando la evidencia ha saltado ante mis ojos. Porque tú fuiste la que telefoneó pidiendo que cambiaran esa máquina. Porque tú llamaste a los que habían de acabar con nosotros. Porque a tu lado estaba la muerte.

Los gritos arrembolaban en torno a la casa, pero aún no había llegado nadie. Y, sin embargo, Will sabía que tenía que llegar. Era inevitable. TENÍA QUE LLEGAR.

La mujer dijo desde arriba, con una risita nerviosa:

—Lo que dices no tiene ningún sentido. Es algo grotesco. ¿Por qué toda esa historia?

—Por la cosa más sencilla y, al mismo tiempo, más insignificante del mundo, pues en San Francisco ese hecho se repite continuamente: por el robo de una cartera.

—Eso sigue... sigue sin tener sentido. ¿Qué había en ella? ¿Es que crees que eso puede explicar tantas muertes?

—Había en ella lo que el propio Sheridan me dijo —continuó Will, con voz metálica—; el proyecto de una nueva arma, uno de los secretos mejor guardados del Pentágono y que alguien había robado para entregarla a un hombre cuya cabeza apareció más tarde. Un hombre que tenía un mechón blanco en sus cabellos negros y que se llamaba Osborne. Él no robó ese documento del Pentágono. Él era solo un intermediario, un comisionista, pero lo llevaba en su cartera para venderlo por cuenta de otro.

Dejó una nueva pausa, mientras subía otro peldaño, y añadió:

—Pero Miriam robó esa cartera como podía haber robado cualquier otra. Fue su perdición y, al mismo tiempo, la perdición de muchas otras personas. Al refugiarse en la residencia estudiantil de Massacre Hill y olvidar la cartera allí, el hombre que había sacado ese secreto del Pentágono comprendió que podían haberlo visto. Si uno de ellos hablaba, si alguien daba algún dato a la policía, si se llegaba a conocer que ese documento estaba fuera del Pentágono antes de que él lograra sacarlo del país... ¡todo se hundía! Por ello organizó una matanza, por ello contrató mercenarios para eliminar hasta al último de los que podían hablar. Por ello liquidó al propio Osborne, que estaba aterrorizado y al borde del ataque de histeria. Por ello «ayudó» a Yolanda Winter a saltar desde gran altura. Por ello te contrató a ti para acabar con Miriam y, por supuesto, conmigo. Por eso hizo que el Canijo, el que había enseñado el «oficio» a Miriam, y que también podía saber más de lo conveniente, robase una cartera que alguien se dejó robar, que alguien le puso ante las mismas narices. Una cartera que contenía una carga de plástico...

Los músculos del joven estaban tensos, estaban a punto de saltar como si los contuviera un resorte. Sus dientes habían chirriado. Su boca se abrió de repente, para gritar:

—¡Y el que organizó todo eso, solo puede ser un hombre! ¡El que tenía entrada en los lugares más secretos del Pentágono! ¡El que movía enormes poderes ocultos! ¡El propio Sheridan... el que, antes que todo se hundiese, preparó la salvaje matanza de Massacre Hill!

Y Will saltó, de repente. Los músculos que habían estado tensos, se

dispararon. Chocó de nuevo con la barandilla, la rompió en otro punto y se hundió en el vacío. Había visto la lucecita de esperanza en los ojos de la falsa Linda Goerst. Se había dado cuenta de que lo que tenía que suceder... ¡estaba sucediendo ya!

¡Sheridan había llegado!

¡Él era el único que sabía lo que iba a ocurrir! ¡El único que podía llegar antes que nadie!

La ráfaga de metrallera que el asesino envió desde abajo, desde el pie de las escaleras, a espaldas de Will, hubiera debido partir por la mitad a este, pero Will... ¡no estaba ya allí! ¡Había saltado! ¡La ráfaga enloquecedora tropezó con los peldaños, subió como una marea mortal, picoteó la pared!...

¡Y en la pared estaba la falsa Linda Goerst!

La hermosa mujer se contorsionó, alcanzada de lleno, mientras todo su cuerpo se llenaba de botones rojos. Chocó contra la pared, resbaló, fue hacia los peldaños, mientras Sheridan lanzaba un grito de rabia.

No comprendía aún cómo había fallado, pero intentó rectificar el tiro; de su garganta escapó un rugido. Buscó a Will entre las sombras...

Y de Will solo vio una cosa: el breve lengüetazo de fuego. De Will solo captó un saludo: el plomo que se hundió en su frente. Todo el cuerpo de Sheridan salió despedido hacia atrás mientras la metrallera volaba por los aires.

Las sirenas de la policía atronaban el espacio.

Parecían llegar desde todas partes, incluso desde el interior del edificio. Curiosamente los gritos, las llamadas habían cesado. Will y Miriam se contemplaron directamente a los ojos mientras sentían que en ellos nacía la esperanza, que en torno suyo se disipaban las brumas del horror.

El detective susurró:

—Voy a tener que estar dos días explicando cosas a la policía, y lo malo será que continuaré siendo un muerto de hambre. No podré presentar una factura a nadie...

Miriam vino hacia él.

Sus ojos estaban turbios, pero en ellos palpitaba la esperanza.

Y algo que estaba más allá de la esperanza, algo que solo Will pudo entender, algo que le hizo vibrar hasta lo más hondo porque... ¡había que ver cómo estaba la nena!

—No te preocupes —dijo—, tendremos dinero.

—¿Sí? ¿Cómo vamos a conseguirlo?

—Al policía que nos esté interrogando, le robaré la cartera...

FIN

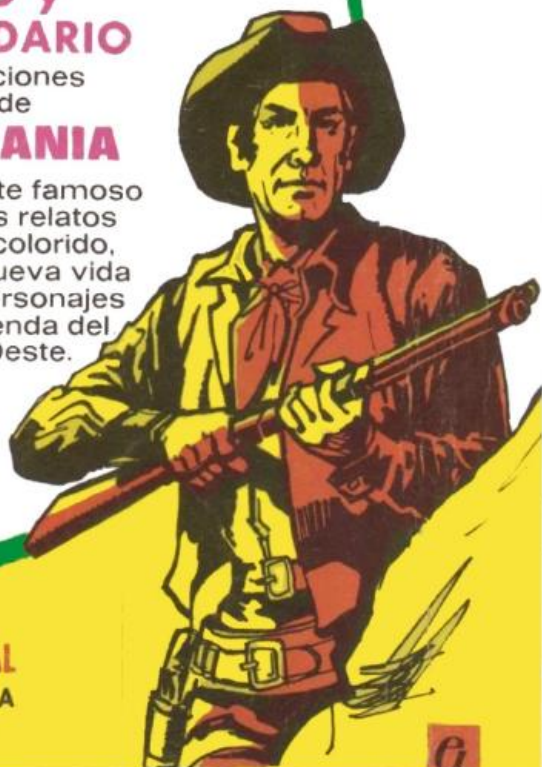
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.